
SS
SERVICIO SECRETO
MARK HALLORAN
SIN ALIENTO

MARK HALLORAN

SIN ALIENTO

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15.022 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1961

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
480. -El hombre de Dodge.
603. -Johnny ha vuelto.

En Colección BUFALO:
61. - Ha llegado un hombre.
189. - Jinetes en el cielo. 305. -El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:
556. -Cómoda en su ataúd.
558. -Los muertos viajan.
567. - Horror atómico.

En Colección CONGO:
4. - Los diamantes de Kwan.

En Colección CALIFORNIA:
237. -Un "Colt" en la sombra.

En Colección COLORADO:
180. -Mi amiga la horca,

En Colección KANSAS:
69. -"Johnny Puna".

En Colección ASES DEL OESTE:
28. -¡Volad, insectos de plomo!
53. -Rastros humeantes.
113. -Los muertos caen hacia adelante.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Sin Aliento

Por Mark Halloran



CAPÍTULO PRIMERO

Mono, casco, el fardo del paracaídas a la espalda.

Los tres igual.

Los tres contemplando con silenciosa avidez el paisaje por la lucerna abierta en el vientre del «Super-warrior» especial. (Mil doscientos metros más abajo: el paisaje que iluminaba la luna al asomar entre jirones de nube).

Los tres.

Uno era Jack, Jack a secas.

—¿Jack? —había preguntado el coronel Evans momentos antes.

Y él había dicho:

—Listo.

Después:

—¿Ossy?

—*All right.*

—¿Boro?

—Salude a Piccadilly de mi parte.

Jack, Ossy y Boro.

Ossy era en realidad el capitán Josip Ossinitzky, un apellido excesivamente difícil para la parquedad de sílabas inglesa. Boro se llamaba Mihail Borovas; capitán, como Ossinitzky, en las unidades especiales de la Yugoeslavia libre.

Jack, salvo para unos pocos, se llamaba solamente Jack.

El coronel decía:

—Aquello es Moikotse. ¿Usted qué opina, Boro?

—¿Qué hora es?

—Las once y cuatro minutos.

—Puede serlo.

Moikotse.

El nombre tenía para Boro patéticas resonancias, ecos de la juventud y la patria perdidas. Excursiones estivales, sol ardiente

sobre la dura tierra de las montañas serbias. Años universitarios. Una muchacha llamada Mossa. Recuerdos.

Ahora estaba llegando el instante crítico.

Si la aldea que por un momento había aparecido bajo la luna era Moikotse, no faltaban sino dos o tres minutos.

El «Superwarrior» volaba en línea recta, rumbo ENE.

Jack resolló.

No tenía cara de inglés, con su tez olivácea, sus hoscos y profundos ojos negros, su nariz romana, su firme mandíbula que la barba sombreaba de azul. No tenía cara de nada, como no tenía nombre, ni parecía tener pasado, ni futuro, ni familia, ni amigos.

Jack a secas.

A su lado, Ossy sostenía entre los labios un cigarrillo, acaso el último cigarrillo. Una arruga de preocupación se marcaba en su ancha frente de sudeslavo, bajo el casco de paracaidista; una línea sinuosa, como el surco trazado por un labrador después de tirar de botella a chorro libre. (Vino de Herzegovina, de las riberas del Narenta, sí, señor).

(Vino perdido).

Porque Ossy estaba inquieto. *All right*. A punto de iniciar su expedición al reino de la muerte, su viaje sin regreso, su misión imposible. Pensarlo le alteraba los nervios. ¿Saltar al espacio? ¿Al infierno? En el mejor de los casos se abrirían las inmensas flores de los paracaídas y los tres pondrían pie en el suelo agreste, en lo hondo de Serbia, entre los cañones alemanes. Se quedarían allí para siempre: ellos o sus cadáveres. Ossy, como Boro, conocía regularmente la comarca, pero nunca imaginó que pudiera ser su tumba.

Y lo sería. Los motivos (algunos de los motivos) los sabía únicamente él.

En aquel momento señalaba Boro, por la lucerna, las colinas dispuestas a modo de anfiteatro, en cuyo declive se asentaba una población donde brillaban, dispersas, diez o doce luces.

—Ahí está.

—¿Seguro? —preguntó el coronel.

—Juraría que sí.

—Seguro —murmuró Ossy.

Jack se desperezaba.

—Espero que no haya error. Los alemanes de Plitsa nos recibirán con el dedo en el gatillo.

Plitsa: otro nombre en las excursiones estivales de Boro. Ahora, una tumba abierta que esperaba tres cadáveres.

—Decidan cuándo y dónde deben saltar —dijo el coronel.

Boro miró a Ossy.

—Detrás de las colinas, al oeste. En los barrancos. Nos exponemos a que el terreno esté vigilado, pero no se me ocurre nada mejor.

—Oriente al piloto.

Mientras Boro hablaba por el radioteléfono, Jack tomó del anaquel los tres morrales que constituirían todo su equipo. Dio uno a cada uno de sus camaradas y se colgó del cuello el tercero.

Boro se colgó el suyo en cuanto terminó de hablar.

Transcurrieron unos instantes.

El aparato volaba en círculo, y la angustia, dentro, era sólida, plúmbea, como un peso en el alma.

—Ya llegamos —anunció luego Boro.

Se le había velado la voz.

—Tómalo con calma, hijo —murmuró Jack. Apoyó una mano en su hombro y se lo oprimió afectuosamente—. Dentro de cinco días estarás otra vez en Londres bailando con tu chica. Piénsalo.

El yugoeslavo esbozó una sonrisa.

—Sí.

—Es el momento de las últimas órdenes —indicó Ossy.

No se advertía en él otro signo de emoción que el acentuado brillo de los ojos.

—La última orden es que conservéis la serenidad —dijo Jack apaciblemente—. Apenas piséis tierra, eliminad sin dejar rastro el mono, el casco y el paracaídas. Buscad refugio, comunicad conmigo, plantad la señal de identificación y no salgáis a descubierto hasta que yo vaya en vuestra busca o envíe a alguien. Puedo tardar mucho tiempo, no lo olvidéis. Tened confianza.

—¿Qué pasará si te ocurre algo?

—No me ocurrirá nada.

—¿Qué pasará? —insistió Ossy—. No hemos hablado de ello. Dependemos enteramente de ti.

—Reuníos los dos y obrad según vuestro criterio. —Jack se

encogió de hombros—. Ésta es vuestra patria. Pero cuidado con el *talkie*. Es posible que los alemanes estén a la escucha de las emisoras clandestinas de la región.

El «Superwarrior» completaba un nuevo círculo sobre las colinas.

—Basta, muchachos —dijo bruscamente el coronel Evans. Su brusquedad disimulaba otras cosas—. Abajo. Buena suerte.

Rehuyendo la mirada de los tres hombres pulsó el resorte que abría la escotilla y dio por el radioteléfono un seco aviso al piloto.

El momento había llegado.

Ossy titubeó junto a la escotilla abierta.

—Coronel…

—¿Qué?

—Nada. Déjelo.

Fue el primero en arrojarse al vacío. Le siguió Boro, cuando ya su paracaídas dibujaba sobre el fondo negro del suelo un plato grisáceo.

Luego Jack.

Sin una palabra.

El escalofrío, inicial, el golpe del aire desplazado, la visión confusa del aparato que se alejaba en la claridad lunar, de la tierra que ascendía, de las sombrillas de seda de Boro y Ossy, desplegadas a cierta, distancia.

Jack se dejó caer a plomo, cabeza abajo, vertiginosamente, contando unos lentos e imaginarios segundos. Al fin tiró de la anilla y el paracaídas se abrió.

Estaba muy cerca del suelo.

Inmediatamente se sintió cazado por la corriente de aire que se deslizaba entre las colinas. De este modo recorrió largo trecho antes de llegar a tierra, y tuvo tiempo de mirar en torno para localizar nuevamente a los dos capitanes yugoeslavos.

No los vio.

El accidentado terreno formaba una zona de fracturas en mitad del largo y suave talud posterior de las colinas. Abundaba la maleza. Los barrancos designados por Boro, empero, quedaban más allá. Momentos antes de terminar su descenso calculó Jack que el viento le habría alejado considerablemente de aquel lugar y de sus camaradas.

Enseguida, el choque brutal contra la tierra.

Medio aturdido por el encontronazo, Jack recogió el paracaídas y se introdujo en una quebrada protegida por una hilera de viejos olivos. Su primera medida fue desprenderse del mono y del casco.

Sacudió la cabeza.

Sacó del morral una azada plegable, buscó un punto adecuado, junto al cauce seco de un torrente, cavó un boyo y metió en él las prendas de que se había despojado, más el paracaídas y el propio morral. Dejó aparte el contenido de éste: el *talkie* y un paquete de provisiones.

Volvió la tierra a su primitiva posición y disimuló la giba con piedras. Sabía que era un trabajo burdo, quizá no muy visible entonces, pero sí a la luz del día, hasta que el sol y el aire secaran el suelo y le dieran aspecto natural.

Oculto entre unas rocas, puso después el *talkie* en funcionamiento.

—Jack llama. Atención, Jack llama. Atención.

No obtuvo respuesta.

Repitió el intento varias veces, sin resultado.

¿Malo?

No del todo. Los dos capitanes no habían probablemente terminado aún sus preparativos. No existía motivo para temer otra cosa.

Se tendió en el suelo boca arriba y encendió un cigarrillo.

Había fumado la mitad cuando un ruido sordo le llamó la atención.

Pasos.

Inconfundible: el roce de unos pies sobre la gravilla del torrente inmediato.

Aplastó el cigarrillo contra una peña, se arrastró unos metros y asomóse a mirar.

Lo que vio le produjo casi una sensación de gozo.

Dos soldados alemanes ascendían por el torrente seco, cautelosos, furtivos, en parte asustados, en parte alerta. Por el modo como llevaban prevenidos los fusiles, se adivinaba que algo los había alarmado: el imprudente cigarrillo encendido en la noche, quizá, o la visión del paracaídas, antes, cuando en el cielo lo iluminaba la luna.

Jack no había esperado encontrarlos tan pronto. Su presencia confirmaba que la comarca estaba vigilada estrechamente, más aún, incluso, de lo que habían previsto en Londres.

Apretó los dientes.

No llevaba armas: la suya era una misión en que las armas resultaban más peligrosas que útiles. Pero ahora, si los alemanes le encontraban precisamente ahora, el *talkie* que tenía consigo sería más peligroso que las armas.

Los dos soldados se acercaban a él.

Llegaban ya al montón de tierra y piedras que tan precariamente cubría sus efectos, y sólo entonces empezó a percatarse Jack de lo mal que había trabajado. La cosa era tan visible como un farol rojo en la noche. Tanto. Más aún. Una señal puesta adrede.

Sonrió con resignación.

Luego, uno de los soldados tomó asiento en el montículo y dijo algo en voz baja a su compañero.

(La tierra revuelta y húmeda).

Jack esperaba.

El soldado se lamentaba de lo caluroso de la noche, mientras debajo de sus nalgas estaban el paracaídas, el casco, el mono y el morral de un enemigo caído de las nubes.

Ninguna alusión al peligro. Ninguna a la eventual alarma.

(¿Bien?).

Jack descubrió con sorpresa que la transpiración había bañado su cuerpo, que le rodaban cara abajo gotas de sudor. Tuvo súbita conciencia de que sus nervios se hallaban a punto de estallar.

El soldado se puso al fin en pie, y al hacerlo tropezó con una de las piedras que el propio Jack había desprendido. Su interjección provocó la risa convencional de su camarada.

Muchachos.

Tontos.

Se alejaban ya, otra vez con los fusiles prestos.

Y al llegar a la altura de las rocas salieron de un salto al torrente, delante mismo de donde se ocultaba Jack.

Éste pensó: «Maldita estupidez».

(¿Ahora?).

Se aplastó contra el suelo, aún a sabiendas de que era inútil. Los dos alemanes, en pie, dominaban por entero las rocas, y en aquel

momento iban directamente hacia él, un paso, otro paso, otro.

No era, sin embargo, el hombre que ante ellos aguardaba la consumación de su destino lo que despertaba su interés. Jack lo notó con sorpresa. Reclamaba su atención algo situado más allá, a la derecha y al fondo. Mirando a lo lejos, escapaba de sus ojos lo que casi podían rozar con la mano.

Luego cambiaron ambos un gruñido de advertencia, se echaron los fusiles a la espalda y emprendieron un ágil trote. Pasaron a tres palmos de Jack. No le vieron. Segundos después desaparecían entre las rocas.

El enderezó enseguida la cabeza para mirar en la misma dirección.

Cierto.

En alguna parte, entre los barrancos, una fogata expandía su resplandor rojo. En aquellos barrancos estaban o debían estar Boro y Ossy. ¿La lejana fogata tenía con ellos relación?

Jack dejó transcurrir todavía un eterno minuto antes de poner nuevamente en funcionamiento el *talkie*.

Apenas lo hubo hecho captó una monótona llamada:

—Atención, Boro llama. Atención, Boro llama. Atención, Boro llama.

—¡Jack a la escucha!

—¿Dónde estás, Jack?

—En un torrente, muy al este, detrás de unos olivos.

—Yo en el fondo de un barranco. Sin novedad.

—¿Has encendido tú esa hoguera?

—Veo solo el resplandor. No, no he sido yo.

—¿La tienes lejos?

—Aguarda a que me entere.

Jack esperó.

La voz de Boro volvió a sonar:

—Un kilómetro o cosa así… Parece una casa en llamas. ¿Has hablado con Ossy?

—No.

—Yo tampoco.

—Esto está infestado de patrullas alemanas y el fuego las atrae —dijo Jack entre dientes—. ¿Me oyes, Boro? Ve con cuidado. Durante el próximo cuarto de hora trataremos de comunicar con

Ossy cada uno por nuestra cuenta. Si para entonces no lo hemos conseguido, saldré camino de Plitsa, y me pondré en contacto con Noksik. ¿Hay buenas coberturas en tu terreno? —Sí.

—Ocúltate. Deja la señal de identificación al borde del camino más próximo y haz desaparecer el *talkie* antes de que amanezca. En el peor de los casos confío en que nos reuniremos mañana. Buena suerte.

—Saluda a Piccadilly de mi parte si la mía es mala —dijo Boro antes de cortar.

Piccadilly: una fantasía, un espejismo que unas horas de vuelo habían desvanecido en la distancia. Un sueño de Boro. El Piccadilly del Londres de la guerra era un fantasma y nada más.

(Como todo lo que uno dejaba a retaguardia).

—Jack llama a Ossy. Jack llama a Ossy. Jack llama a Ossy.

Quince minutos perdidos.

—Creo que es inútil —dijo a continuación la voz de Boro—. Algo anormal ha ocurrido. Por aquí pululan rebaños de alemanes asustados. Continúo en el barranco, aunque lo han explorado de un extremo a otro y no me han descubierto por casualidad. Ahora dan una batida entre los matorrales que tengo delante. Apenas he podido llamar a Ossy.

—Déjalo.

—¿Y qué?

—Ya veremos. Espera a recibir noticias mías mañana.

—En el otro mundo, supongo —gruñó el capitán.

Jack cortó.

Momentos después había enterrado el *talkie* y revisaba concienzudamente las ropas que llevaba puestas para asegurarse de que ningún indicio le podía delatar. Papeles, fotos, tarjetas, dinero, cartas, tabaco alemán, encendedor de mecha yugoeslavo. Todo en orden.

En una de las cartas, el doctor Kravitz, de Zagreb, enviaba sus saludos a su colega el doctor Noksik, de Plitsa, y sé permitía recomendarle a su amigo y expaciente, Alexis Markov, con ocasión de que éste visitaba la ciudad en busca de su hermano político. Había existido un Alexis Markov y sus documentos personales eran casi auténticos; también un doctor Kravitz en Zagreb, muerto mes y medio antes.

El hombre que acto seguido emprendió la marcha hacia las colinas, alto y un poco melancólico, cansado y moreno, podía ser Alexis Markov, ¿por qué no?

¿Jack?

¿Por qué no Alexis Markov?

¿Por qué no una sombra sin nombre?

Nadie.

Amanecía.

Las luces de los frecuentes vehículos situaban el gran ramal de la carretera de Novibazar que los alemanes habían acondicionado para proveer por el interior al movimiento y abastecimiento de sus tropas.

Alexis Markov, una sombra, atajó sin prisa hacia allí y alcanzó la cinta pavimentada unos quince kilómetros antes de Plitsa.

Para lo temprano de la hora, el tránsito era relativamente intenso. Alexis confiaba en que algún conductor le recogería, y le llevaría a la ciudad.

Cinco pasaron ignorando sus señas.

El sexto se detuvo: un pequeño camión militar descubierto.

Dos hombres saltaron a tierra pistola en mano.

Dos SS.

—¿Quién eres tú? —inquirió uno. Lo preguntaba en serbio—. ¡Aprisa! ¿Quién eres?

Markov dio unas confusas explicaciones.

Dos hombres más surgieron de la caja del vehículo y uno enfocó hacia su rostro una linterna que la claridad de la aurora hacía ya innecesaria.

—¡Papeles! ¡Papeles! ¿No oyes? ¡Alto! ¡Quieto! Nosotros…

Papeles.

Tres hombres los examinaron a la luz de la linterna, mientras la pistola del cuarto apuntaba al vientre del detenido.

La primera prueba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, terminado el examen, el que primero había hablado—. ¿Qué haces en la carretera? ¿No entiendes?

Alexis Markov explicó su insulsa historia: había proyectado llegar a Plitsa la noche anterior, falta de transportes, un coche hasta la última bifurcación, luego a pie. Cosas de la guerra. ¿Harían el

favor de llevarle?

—¿A qué vas a Plitsa? —preguntó el SS.

—A ver al doctor Noksik.

Los azules y glaciales ojos miraban fijamente a ras de la visera de la gorra.

—¿Qué quieres de Noksik? ¿Estás enfermo?

Alexis movió negativamente la cabeza.

—Tengo una carta para él. Se trata de mi hermano político.

—¿Y qué?

—Estaba en Plitsa.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Sus últimas noticias llegaron de Plitsa. Es el marido de mi hermana, y ella desea que vuelva a su lado.

—¿Cómo se llama?

—Josip Ilyuchin.

El alemán enseñó los dientes.

—¿Qué pasa? ¿Tu pariente ha encontrado en Plitsa un nuevo amor?

—No lo sé.

—¿Qué tiene que ver con ello el doctor Noksik?

—Mi médico le conoce. Es la única persona de quien yo sabía que conocía a alguien en Plitsa. Le pedí ayuda. Por mi pobre hermana…

—¿Vives en Zagreb?

—Sí.

—Déjame ver la carta.

Alexis obedeció y el hombre la leyó a la luz de la linterna. Reflexionó un instante. Por último señaló la trasera del vehículo.

—Sube.

No devolvió los documentos.

Alexis Markov se encontró sentado en el banco delantero de la caja del camión, entre cuatro alemanes silenciosos, los cuatro con el fusil entre las manos. Su silencio, empero, no era natural; no era cansancio, no era sueño, no era que no tuvieran nada que decirse.

Era que estaban nerviosos, alarmados o asustados.

¿Por qué?

Porque algo había ocurrido. Quizá porque una hoguera había teñido de rojo el cielo sobre los barrancos.

El pequeño camión cubrió a velocidad militar la distancia hasta Plitsa, y al llegar, cuando la marcha cesó, Alexis no vio desde el lugar que ocupaba sino las techumbres de unas casas humildes.

Los cuatro alemanes no se movían.

Desde la cabina acudieron los dos SS.

—Abajo.

Alexis se apeó.

Estaba en una plaza desierta, a la luz transparente y fina de la mañana. Era posible identificar algunos de los edificios: iglesia, ayuntamiento, escuelas, un Banco.

Las escuelas ostentaban un rótulo en alemán. Había dos banderas en el balcón y un centinela abajo, junto a la puerta.

La Comandancia.

—Entra.

El saludo del centinela.

Un pasillo a media luz, puertas, otra puerta al fondo.

—Sigue.

Más allá de la puerta, una habitación rectangular, con bancos adosados a las paredes y una mesa a un lado. Seis soldados se pusieron en pie.

—Siéntense.

Uno de los SS desapareció por una nueva puerta.

Alexis aguardó, los helados ojos azules fijos en su rostro, perforantes, pero inexpresivos; no como un órgano humano, sino como un objeto inerte.

El otro SS regresó a los pocos momentos, acompañado por dos soldados con casco, armamento completo y correaje. Alexis comprendió al verles que procedían del cuerpo de guardia, y adivinó lo que significaba su procedencia.

Nadie habló.

Entre los SS y los soldados, Alexis abandonó la estancia por la puerta de la derecha, recorrió un nuevo tramo de pasillo, descendió por unas escaleras, penetró en una galería de celdas y fue conducido a la penúltima de éstas. Dentro, el SS de los ojos azules le registró con impersonal habilidad.

Nada.

La puerta de la celda se cerró.

Alexis Markov estaba solo. Una sombra en la penumbra.

Esperó largo rato por si ocurría algo nuevo.

(¿Qué iba a ocurrir?).

Tendido en el banco-camastro de madera desnuda, trató de dormir y no pudo. Se había puesto de pronto a pensar también en Piccadilly.

CAPÍTULO II

Ocho horas.

La puerta de la celda se abrió para dar paso a un capitán que vestía el uniforme negro del Partido, brazal con la esvástica, Cruz de Hierro. Ojos acuosos y un poco atónitos en el rostro abotargado.

Alexis le miró restregándose con la mano la boca.

—Sígueme. El coronel desea hablarte.

En el pasillo aguardaba la escolta de cuatro soldados.

El grupo ascendió por las escaleras del sótano, marchó en dirección opuesta a la habitación rectangular, penetró en una antesala y se detuvo. El capitán se hizo anunciar por un ordenanza.

De fuera, de la plaza, llegaba un rumor de voces infantiles.

La puerta del despacho del coronel.

—Adelante.

Había un militar rubio, de sienes grises, cara enjuta y elegantes manos, sentado detrás de la mesa. Llevaba gafas. Examinaba unos documentos que Alexis reconoció como los suyos.

Pupilas cuya mirada semejaba clavarse en la carne.

—Soy el coronel Wagner. —Voz suave, culta, preparada, destilada, estudiada—. Siéntese. Usted puede retirarse, capitán Kemmerich; le llamaré si le necesito.

El capitán saludó con un taconazo, salió y cerró la puerta.

Solos.

Alexis en guardia, tenso el espíritu, firmes los nervios. Sabía reconocer a un enemigo de cuidado en cuanto le echaba la vista encima.

—Bien, señor Markov, tengo que presentarle mis excusas —añadía la voz destilada—. Lo menos que podemos temer de la guerra son unas cuantas incomodidades. Ha sido usted víctima de un exceso de celo y de una alarma inoportuna por parte de mis subordinados; si de algún modo podemos compensarle el perjuicio

causado, lo haremos gustosos.

—Pero eso…

—Dígame.

—Nada. —Alexis suspiró—. Supongo que puedo marcharme.

—Cuando guste. —El coronel empujó los papeles a través de la mesa—. Me he permitido comprobar telefónicamente algunos datos. Mera rutina. Cuide usted su salud, señor Markov, y buena suerte.

Los párpados de Alexis se habían entornado como si sobre ellos pesara el sueño.

—Gracias.

—Gracias a usted por su comprensión.

¿Qué había detrás de la voz de laboratorio? ¿Detrás de la cortesía? ¿Detrás de las gafas? ¿Detrás de la cara enjuta?

Alexis intuyó que las cosas no eran lo que debían ser. La actitud del alemán encubría como una punta de ironía desdeñosa, como una aguja insultante.

Pero quizá fuera sólo su modo habitual de tratar a la gente. Quizá sí.

La voz volvía a sonar:

—Me han dicho que viene usted a Plitsa en busca de un pariente.

—Mi hermano político, señor. El marido de mi hermana.

—¿Vecino de la población?

—Ignoro la razón de que esté aquí.

—¿De veras?

Alexis titubeó.

—Se llama Josip Ilyuchin. Escribió su última carta desde Plitsa.

—En Plitsa no hay nadie que se llame Josip Ilyuchin —dijo el coronel suavemente.

—Sería triste para mi hermana que yo hubiese hecho el viaje en vano. No sé nada, señor coronel. Nada. Quiero mucho a mi hermana, eso es todo.

El dedo índice del alemán se extendió para señalar.

—Viene usted recomendado por el doctor Kravitz, de Zagreb.

—Mi médico.

—¿Un cadáver?

—¿Qué cadáver?

—El doctor Kravitz murió hace mes y medio.

Silencio.

—Si mira usted la fecha de la carta. —Observó Alexis con humildad— verá que fue escrita hace más de dos meses.

—¿Sabía usted que Kravitz había muerto?

—Sí, lo sabía. ¿Qué importa eso, señor coronel? Vengo en busca de mi cuñado, y no vine antes porque no pude. Tenía la carta del doctor. ¿Qué importa su muerte? El médico de Plitsa podrá ayudarme.

El coronel sonrió. Sus ojos se rodearon de pequeñas arrugas.

—Así lo espero. Muy bien, señor Markov. —Oprimió un timbre que tenía sobre la mesa, y dijo al ordenanza que apareció—: Avisa al capitán Kemmerich. Muy bien —repitió, acentuando en obsequio de Alexis su sonrisa—, el capitán Kemmerich le acompañará a casa del doctor Noksik. Nuestro querido y eficiente doctor Noksik. Me gustaría, por mi parte, contribuir de algún modo a la búsqueda de ese alusivo señor Ilyuchin; si se le ocurre el medio no vacile en recurrir a mí. —Las cejas del coronel se elevaron—. Es un placer remediar las desdichas conyugales ajenas, sobre todo cuando no sabe uno remediar las propias. ¿Está usted casado, señor Markov?

—No.

—Yo sí. Tengo a mi esposa muy lejos. Deliciosamente lejos, para hablar con sinceridad.

Kemmerich, cuadrado en saludo, había aparecido en la puerta.

—No olvidaré su cortesía —dijo Alexis antes de marcharse.

El doctor Noksik vivía casi en el extremo de una de las calles que desembocaban en la plaza. Casa construida hacía menos de diez años, grande, pero barata y fea, pagada probablemente por el erario público.

Alexis observó por el camino que la guarnición alemana parecía ser muy numerosa. Soldados jóvenes, de movimientos torpes y ojos cándidos. Montón. Las unidades selectas estaban siendo en aquellos momentos sistemáticamente machacadas en Rusia y África del Norte. Para las guarniciones centroeuropeas apenas quedaba sino basura.

Ley natural.

Una vieja les recibió en casa del médico. Llamó a una puerta.

—¡Lárgate! —se oyó gritar—. ¡Estoy ocupado!

La vieja abrió la puerta y cuchicheó unas palabras.

Apareció un hombre.

Recios hombros, rostro ancho y ceñudo, acusadamente eslavo; melena gris, gran bigote y, asomando por debajo de éste, una pipa apagada.

—¿Bien?

—Un forastero pregunta por usted —dijo Kemmerich—. Aquí le tiene.

El hombre no dedicó a Alexis ni una mirada.

—Vuelvan más tarde. Estoy ocupado ahora.

—Trae una carta.

—Ni que traiga cincuenta.

Alexis dijo:

—Una carta de Zagreb. Del doctor Kravitz, de Zagreb.

El médico continuaba sin mirarle.

—Conforme. Les concedo un minuto.

Dejaba franca la puerta.

Biblioteca, estudio, laboratorio. En increíble desorden. Oliendo a tabaco pasado, a papel rancio, a humanidad, a productos químicos.

El capitán Kemmerich aguardaba entornando sus acuosos ojos.

Alexis tendió la carta y examinó atentamente al médico, mientras éste la leía. La sombría expresión del rostro de Noksik no se aclaró. No se desarrugó su entrecejo. No dio muestras del menor interés.

Arrugó distraídamente la carta y se la metió en el bolsillo.

—¿Cómo está ese chivo de Kravitz?

—Muerto —dijo Kemmerich.

El médico miraba al suelo. No se inmutó.

—¿Se trata de algún juego alemán? ¿De alguna tontería inventada por usted para fastidiarme, capitán Kemmerich?

—El pobre doctor Kravitz murió un par de semanas después de haber escrito esa carta —explicó suavemente Alexis—. No he podido venir a Plitsa hasta hoy.

Noksik titubeó. Luego encogió sus pesados hombros.

—Vuelva otro rato. Llévese a su amigo de aquí, capitán Kemmerich. No tengo tiempo para atender recomendaciones.

—No es mi amigo —puntualizó el alemán.

—Se trata de mi cuñado —apuntó Alexis, indeciso—. Mi cuñado Josip Ilyuchin. El marido de mi hermana…

—¿Quiere usted irse al infierno? —atajó el doctor entre dientes. Dio un paso en dirección a la puerta, en manifiesta actitud de despedida, y al hacerlo cruzó ante Alexis Markov y le miró a la cara por primera vez. Preguntó inmediatamente—. ¿Ha tomado recientemente alguna droga?

Alexis sostuvo un instante su mirada.

—No lo sé. Voluntariamente, no.

—¿Tiene algo en los ojos?

—No lo sé.

La mano del médico se apoyó bruscamente en su pecho, encima del corazón. Estuvo allí unos segundos. Luego, con los dedos, le levantó un párpado.

—Siéntese.

—¿Qué ocurre?

—¡Le digo que se siente! ¿Es sordo? Ahí. —Noksik se volvió al alemán—. ¿De dónde viene este hombre?

—Vengo de Zagreb —declaró Alexis.

El médico no pareció oírle. Preguntaba a Kemmerich:

—¿Cómo ha llegado a Plitsa?

—Parando vehículos en la carretera. —Da voz del alemán denotaba una remota curiosidad—. Le trajo esta madrugada una patrulla.

—¿Dónde ha estado desde entonces?

—En una celda de la Comandancia.

—¿Me jura que no soy víctima de alguna de sus maniobras, capitán Kemmerich?

—¿Por qué demonio dice eso? No es usted víctima de nada. Este sujeto viene a pedirle ayuda. Me he limitado a acompañarle. Bien, ¿por qué lo dice?

Alexis se había sentado, rígido, en un rústico sillón de madera.

El médico suspiró con un resoplido.

—Vaya en busca de su doctor Fichte, hágame el favor. El diagnosticará esto con mayor seguridad. Es posible que tenga alguna experiencia.

Kemmerich se inclinaba ligeramente hacia adelante.

—¿Diagnosticar qué? ¿Qué le pasa a este hombre?

—Lo que puede pasarle significaría la muerte de la mitad de la población y de la guarnición de Plitsa, a no ser que sean evacuadas

a tiempo —dijo Noksik con malhumorada desgana—. Creo que las estadísticas de mortalidad actuales son exactamente del cuarenta y seis por ciento, pero el contagio es siempre general. ¿Trae o no trae a Fichte?

—¿Una enfermedad infecciosa? —preguntó rápidamente el alemán—. ¿Una epidemia?

—Fiebre blanca. Ha oído hablar de ella, supongo.

Kemmerich no contestó. Miró por un momento a Alexis, se mordió los labios, y luego, en silencio aún, sin despedirse, abrió la puerta y salió del estudio.

Alexis escrutaba el rostro del médico.

Ahora sí vio el cambio.

—Es aprensivo como la mayoría de los cobardes —dijo Noksik instantes después. Se dirigió con paso vivo a la ventana, y por el movimiento de su cabeza dedujo Alexis que miraba cómo se marchaba el alemán—. ¿A qué viene usted? ¿A organizar alguna fiesta en nuestro obsequio?

—Está usted loco, Noksik.

—Signo de los tiempos.

—Yo no padezco ninguna enfermedad. Si ha pensado en un pretexto para alejar a Kemmerich…

—La padecerá, no se preocupe. —El médico echó a andar en dirección al laboratorio y desapareció entre unos anaqueles. Su voz llegó desde allí—: Por lo menos los primeros síntomas. He elegido adrede lo que en Dalmacia llaman fiebre blanca; una infección poco conocida y relativamente fácil de simular. Inspiración del momento. —Una seca risa—. Se parece usted a uno a quien vi morir, hace quince años. A fin de cuentas, es probable que muera de todos modos.

—¿Por qué?

—Los alemanes están sobre aviso.

—Lo he notado.

—¿Qué ha hecho para alarmarles?

—Nada aún.

—Anoche fueron reforzadas las patrullas y llegó un contingente especial de SS. A pesar de las precauciones, algo ocurrió: fue incendiada una casamata que se utiliza como puesto de vigilancia, arriba, en el monte. En su interior se encontraron los cadáveres

carbonizados de dos soldados. ¿Lo hizo usted?

—¿Por qué yo?

—Usted sabrá.

Alexis miraba en dirección al médico.

—He venido para llevarme a Londres al general Moritz.

Silencio. Luego:

—Películas —gruñó Noksik—. ¿Sí?

—En Londres están ustedes chiflados. ¡Llevarse a Moritz! ¿Por qué no una vista de Plitsa como recuerdo? Es demasiado tarde: Moritz ha desaparecido ya.

—¿Desaparecido? ¿Quiere decir que se ha fugado?

El médico reapareció sosteniendo una jeringa de inyecciones.

—Quiero decir que los alemanes le han trasladado Ayer. Súbase la manga.

—¿Precisamente ayer?

—Súbase la manga.

Sombrío el rostro, Alexis obedeció.

—No puedo creerlo.

—Usted viene de Londres, y son muchas las cosas que allí no se pueden creer. ¿Por qué han comenzado los alemanes *desde ayer* a adoptar precauciones especiales? ¿Por qué llegaron *ayer* los refuerzos de SS? ¿Por qué desapareció ayer Moritz? ¿Y por qué llega usted *hay*? No se mueva.

La aguja se hincó en la carne del brazo de Alexis.

El líquido escocía.

—¿Filtración de informes?

—¿Qué otra cosa?

—Eso es muy grave, Noksik. Eso es afirmar que el espionaje alemán está al corriente de los planes que elaboramos en Londres. Supone la presencia de un traidor en un punto clave de la red.

El médico se alejó con la jeringa.

—Yo sólo afirmo que los alemanes se olían la tostada. ¿Ha visto por casualidad al coronel Wagner?

La voz destilada.

—Sí.

—Lo suponía. Esa historia sobre su cuñado, sea cual sea, no se tiene en pie, y por añadidura, el doctor Kravitz, único fiador de usted, ha muerto. ¿Dice Kemmerich que ha estado usted desde esta

mañana en una celda?

—Hasta que Wagner me ha puesto en libertad.

—Un zorro diabólico: le ha dado cuerda para que se ahorque usted mismo, con Kemmerich como vigilante. Kemmerich, como todos los cobardes, es astuto, y tarde o temprano le obligará a cometer un desliz. He comprendido que había algo podrido en la situación cuando les he visto llegar juntos; a un visitante cualquiera le hubiese acompañado hasta aquí un ordenanza…

Alexis respiró profundamente.

—Pero ensaya usted el truco de la fiebre blanca, a pesar de todo.

—¿Qué remedio? Si está usted enfermo podremos continuar en contacto sin despertar sospechas, hasta que encuentre el modo de sacarle de este nido de víboras.

—Tendrá que renunciar al proyecto. No he venido solo.

El médico apareció de nuevo al extremo de los anaqueles. Tenía ahora un vaso en la mano.

—¿Qué dice?

—Dos hombres han venido conmigo. De uno de ellos no tengo noticias, aunque probablemente fue él quien incendió la casamata. Si ha habido suerte, ambos estarán ahora ocultos al otro lado de las colinas. Al borde del camino más próximo a su refugio habrán hincado una estaca hecha de una rama descortezada hasta la mitad: es nuestra señal de identificación. Esos hombres necesitan algún documento que les permita venir a Plitsa y circular sin ser importunados. Usted se lo enviará esta misma tarde.

Noksik avanzaba con paso lento.

—No haré tal cosa.

—Es una orden.

—Es narices. Yo soy el jefe aquí, y sus hombres nada tienen que hacer en Plitsa, sino estorbar, habiendo desaparecido Moritz.

—Una cosa tienen que hacer —observó fríamente Alexis— averiguar a dónde le han llevado.

—Beba esto —replicó el doctor.

Tendía el vaso.

Alexis apuró de un trago el contenido. Hizo una mueca.

—¿Pretende envenenarme?

—Un hombre sensato lo haría. Sería la manera de resolver esta situación beneficiosamente para todos. —Noksik se alejó con el vaso

vacío—. ¿Está usted ciego, camarada? Ha caído prisionero de los alemanes, y Wagner, piense usted lo que piense, no le dejará en paz. Ha aparecido en Plitsa del modo más sospechoso, los alemanes le esperaban, y no tiene más que ofrecerles sino la carta de recomendación de un muerto y una historia ridícula. Yo le salvo la vida enviándole a la enfermería, pero en adelante quedará anulado.

Alexis dijo entre dientes:

—Con Moritz preso, es toda la resistencia yugoeslava la que ha quedado anulada. —Respiró profundamente—. Ocúpese usted de mis hombres, Noksik, póngame en contacto con ellos, y lo demás corre de mi cuenta.

El médico estaba de espaldas.

—¿Qué pasará si a Moritz se lo han llevado a Alemania? Suponga que se encuentra fuera de nuestro alcance, que en Plitsa ya no hay nada que hacer.

—Suponga lo contrario.

Noksik murmuró una maldición.

—Muy bien, lo intentaremos. Exactamente al sur de la población, allí, venga, mire; allí está el monte Hutch. Fíjese en la forma peculiar de su cumbre. Si no hay nubes, de noche la verá dibujarse claramente contra las estrellas.

Alexis se aproximó y miró por la ventana.

El monte Hutch.



—¿Y qué?

—Tómelo como guía y camine en su dirección hasta encontrar las ruinas de un antiguo molino de aceite. En pleno campo. Estaré allí con sus hombres, si viven. Pero primero habrá usted debido fugarse de la enfermería.

—Lo haré.

—Deje que me ría, camarada. Los alemanes no le quitarán ojo, y el terreno, después del toque de queda, está infectado de patrullas que no permiten circular a nadie sin un salvoconducto especial.

—Deje que me ría —replicó a su vez Alexis.

En el exterior de la casa rugió el motor de un coche, acelerado en punto muerto antes de cortar el encendido.

El médico se encogió de hombros.

—Allá usted. Pero le advierto que si no acude esta noche a la cita, mañana mismo organizaré la salida de sus hombres del país. —Echó a andar hacia la puerta—. Ahí vienen los alemanes. ¿Siente usted algo anormal?

—Calor.

—Es la fiebre. Siéntese. Y no confíe demasiado en que el ardid haya engañado a Kemmerich; probablemente nos ha dejado solos para que con la cuerda que le está dando a usted nos ahorquemos los dos.

Unos segundos.

Llamaron a la puerta.

Alexis cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos tenía delante, además de a Noksik, al capitán Kemmerich y a un alemán gordo.

Éste le tocó la mejilla. Sus labios se fruncían como para chupar.

—¿Por qué precisamente fiebre blanca? —preguntó perplejo.

—Mírele la córnea —dijo suavemente Noksik—. Mírele la lengua.

El alemán no lo hizo.

—¿Tiene usted experiencia?

—Unos pocos casos.

—*Ach.*

—¿Bien? —inquirió Kemmerich.

—Será necesario un análisis de sangre. Trasládenle.

—¿Y el contagio?

—¿Qué quiere usted que haga yo? Tomaremos todas las precauciones. ¿De dónde viene este hombre?

—De Zagreb —dijo Noksik—. Habrá que avisar.

Alexis cerró de nuevo los ojos. La sangre batía dolorosamente en sus sienes, la mente se le enturbiaba, invadía su cuerpo un malsano cansancio. Dentro de él ascendía la náusea como una marea.

Sudaba.

Se percató a medias de que unas manos le ayudaban a ponerse en pie, le sostenían, le conducían.

Voces.

Un vehículo.

«¡Pretende envenenarme!».

Era como la antesala de la muerte.

«Un hombre sensato lo haría».

Alguien preguntó:

—¿Puede, usted andar?

Noksik podía haber ido demasiado lejos, *«¡Puede usted andar!».* Podía haberse equivocado.

Podía.

No.

—Una camilla.

¿Quién tenía razón?

Moritz había desaparecido de Plitsa, los alemanes estaban sobre aviso, la misión fracasaba antes de comenzar. Un traidor. Una casamata ardiendo en la noche. Ossy y Boro solos en las colinas.

La enfermería como una cárcel.

Olores.

Alexis tuvo conciencia de hallarse tendido boca arriba, y al entreabrir los párpados vislumbró dos figuras blancas. Dos personas vestidas de blanco. Y otra detrás.

Otra.

Unos extraños ojos.

—¿Qué le ocurre a éste?

Una voz de mujer.

—No se acerque, Irene. No se acerque. Salga de aquí. Es contagioso. Por favor…

Una mujer.

Irene.

CAPÍTULO III

Todo pasó.

Luego, la deliciosa sensación de frescura que deja la fiebre al desaparecer.

Inmóvil bajo la sábana, completamente inmóvil, fija la mirada en el techo, Alexis sonreía.

Estaba solo.

Había comprobado al despertar que se encontraba aislado en una blanca habitación de hospital. En la pared, encima de la cabecera de la cama, una lámpara de noche derramaba su tenue luz.

(De noche).

La ventana enrejada ofrecía la visión de un rectángulo negro.

(Enrejada).

Sin duda, por temor a la epidemia no le habían alojado en una sala común. ¿Era mejor o peor así?

Mejor, a condición de que la puerta estuviese abierta.

E incluso estando cerrada.

¿Por qué no?

Inmóvil en la cama, Alexis sonreía y trataba de recordar lo ocurrido desde que el doctor Noksik le dio a beber su mejunje, después de la inyección, poco antes de que Kemmerich y el médico alemán compareciesen. Meras imágenes confusas, vagas sensaciones de pesadilla, planos quebrados por el delirio.

Noksik había hecho bien su trabajo.

Irene.

(Imágenes confusas).

La fiebre le había sumido en la inconsciencia. No podía saber lo que en la enfermería habían hecho con él, quién estuvo a su lado, qué medidas se tomaron al hospitalizarle, qué medicamentos se le administraron; no podía saber ni qué hora era.

Ni qué día.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Alexis apartó lentamente la sábana y, vestido con una tosca camisa, se puso en pie junto al lecho.

Era cierto que todo había pasado: se sentía absolutamente normal, descansado, fuerte, agudos los sentidos, sereno. Había cesado enteramente el efecto de las preparaciones de Noksik; enteramente, salvo por un escozor en la córnea de los ojos.

El médico había sin duda previsto aquello. Y también que, confiado el paciente a sus manos, podía cuando fuera necesario renovar los alarmantes síntomas.

Pero sólo hasta que se conociera el resultado del análisis de sangre.

(¿No había mencionado un análisis el doctor alemán?).

Alexis miró en torno.

Ningún armario, ninguna alacena. Las blancas paredes desnudas, la cama, una mesa de madera con un servicio de agua, un lavabo, una repisa vacía. Ni sus efectos, ni sus ropas. Nada.

La tosca camisa de hospital.

¿Y la puerta?

La mano de Alexis tanteó el mecanismo de la cerradura. Giró el pomo, y la puerta se abrió suavemente.

Un pasillo, que a la izquierda terminaba inmediatamente en un recoda y se prolongaba a la derecha. La tenue luz propia de la iluminación nocturna.

Nadie.

Pero ¿a dónde ir? ¿Qué hacer?

(*Déjeme usted que me ría)*.

Excepto la vida, todo en aquel momento estaba perdido: frustrados los planes, desaparecido Moritz, desconectados Ossy y Boro. Ya la vida era lo único que se podía perder.

Alexis respiró profundamente, salió de la habitación y cerró con sigilo la puerta a su espalda.

Dio un paso.

Una «Luger» surgió del recodo. Una mano. El hombre que empuñaba la pistola.

Era el SS de helados ojos azules, ahora animados por un fulgor de triunfo.

—La paciencia se ve siempre recompensada —dijo en alemán, a

media voz—. El capitán Kemmerich estaba en lo cierto: afirmó que tú te curarías mucho antes de lo que los médicos pensaban. No había que hacer sino esperar.

Alexis experimentaba una sensación rara en el estómago. Por un momento miró al hombre sin despegar los labios.

¿Fingir?

—Creo que ha cedido la fiebre… No sé dónde estoy, no recuerdo nada, no sé… ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Nada que no hubiéramos previsto de antemano. —La «Luger» se movió imperativamente—. Camina. Hacia el fondo.

—Pero…

—¿Obedeces?

¡La vida era ya lo único que se podía perder!

¿Y ganar?

—No, no obedezco —dijo Alexis con voz tensa—. Oblígueme si quiere. Estoy enfermo. No tiene derecho a sacarme de aquí.

—Pobre idiota —replicó desdeñosamente el alemán.

Avanzó un paso, firme, seguro de sí mismo, consciente de llevar en las venas la sangre de una raza de superhombres.

—¡Oblígueme!

—No es necesario que te pongas histérico. —Los ojos del SS lanzaron un destello homicida—. Vamos, camina.

—No.

Los labios crueles perdieron un poco de color.

—Como gustes.

El alemán alzó el arma, no para disparar, sino para golpear con ella. Era aquello de que Alexis había deseado que hiciese, su más intenso anhelo, lo que estaba persuadido que haría, lo que había implorado en silencio. El inicio del movimiento suscitó en su pecho una oda de alivio.

Saltó de costado y hacia adelante, esquivando y atacando a la vez. El golpe dirigido contra él cayó en el vacío. Una de sus manos se cerró sobre la boca del SS, la otra hizo presa en su cuello. Vio de refilón la expresión de horror que súbitamente adquiría el rostro del alemán.

Un forcejeo silencioso. Un sordo pataleo.

El SS se encontró súbitamente en el aire, luego tendido de bruces en el suelo, perdida la pistola, agarrotado por una presa

salvaje, con la cara aplastada y la garganta obstruida. Asfixiándose. Sin poder gritar ni moverse.

Una pavorosa convulsión, una sacudida semejante al coletazo de un monstruo.

Alexis no aflojó la presa, sintiendo cómo se debilitaba entre sus manos la terrible bestia humana, todo músculo, todo miedo e ira, muda e impotente. Sintiéndola morir.

(Los helados ojos).

Unos segundos críticos.

Ya nada.

Cuando Alexis se levantó y, con el pie, volvió boca arriba el cadáver del SS, éste tenía la cara de color violáceo y una repugnante masa de carne, la lengua hinchada, asomaba entre sus dientes. Los fríos ojos azules, desorbitados, parecían ahora piezas de cristal.

Silencio.

Desierto el pasillo.

Alexis recogió la «Luger», abrió la puerta de la habitación y arrastró al interior el cuerpo muerto. Lo contempló unos instantes pasándose por la frente perlada de sudor el dorso de la mano. Luego se agachó a su lado y procedió calmosamente a quitarle las ropas.

Diez minutos después, el soldado que montaba guardia en la puerta lateral de la enfermería se irguió sobresaltado para saludar al oficial de las SS que de improviso había aparecido en el umbral. Vuelta e inclinada la cabeza, el oficial pasó sin corresponder a su saludo.

El centinela, por pensar algo, pensó que recientemente se habría adelgazado, a juzgar por lo ancho que le sentaba el uniforme.

La guerra.

Incluso para un SS. Incluso para uno de ellos.

(Había que ver).

Croaban las ranas.

La peculiar cumbre del monte Hutch silueteada contra las estrellas.

Las ruinas del molino.

Expectante, agobiado por la tensión interior, Alexis dio los últimos pasos y se sumió en las tinieblas.

Algo duro y punzante se incrustó en sus riñones.

Una linterna se encendió ante sus ojos, deslumbrándole, y volvió a apagarse en una fracción de segundo.

Sonó una risa angustiada.

—Te iba a matar —dijo alguien en inglés.

Luego la voz del doctor Noksik:

—¡Lo ha conseguido! No creí que fuera posible…

Alexis hizo un esfuerzo para hablar; para dominar sus absurdos nervios desatados y hablar sin traicionar su emoción:

—¿Quiénes estáis aquí?

—Los dos. —Era Boro—. ¡Diablo, Jack, me siento como si resucitara! No puedes…

—¿Qué dos? —insistió Alexis entre dientes—. ¿Ossy?

—Sin novedad. Espera abajo.

—Vamos ya —dijo el médico.

Hubo un instante de silencio, y luego se oyó un roce de madera, seguido de un débil chirrido.

Alexis notó en su brazo el contacto de la mano de Boro.

—Ven.

La linterna iluminó fugazmente una puertecilla abierta en un ruinoso muro de piedra manchado de musgo. Un hueco negro. Enseguida, la oscuridad otra vez.

Guiado por la mano de Boro, Alexis se introdujo en el hueco y halló bajo su pie los peldaños de una escalera descendente.

Oyó que Noksik cerraba a su espalda la puertecilla. Le oyó resollar. Captó el irritante olor de su pipa apagada.

—De modo que ha venido —dijo alguien desde abajo.

Ossy.

Boro rió nerviosamente.

—¿Por qué no había de venir? Se ha alistado en las SS. He estado a punto de ensartarle cuando ha asomado las narices arriba.

Los peldaños terminaron. El suelo era de tierra apisonada.

El médico encendió una cerilla, y con ella un quinqué. Alexis vio entonces que se encontraba en una cavidad semisubterránea, sin otra abertura que la puertecilla en lo alto de los peldaños. Miró hacia allí, y Noksik, que captó su mirada, le tranquilizó con un ademán:

—La luz no se ve desde fuera. La puerta no puede abrirse. Es el lugar más seguro del país, pero sólo si hablamos bajo.

Boro y Ossy sonreían. Ambos parecían hallarse en perfectas condiciones, mal afeitados, vestidos con viejas ropas campesinas, tenso el rostro por la emoción. Pero se dominaban.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó Alexis.

Ossy se restregaba las manos una contra otra.

—Puesto que estamos aquí, ¿no? ¿Qué te parece? Noksik ha enviado de exploración a algunos de sus hombres, azada al hombro, como si fueran al trabajo; han visto la estaca y nos han encontrado sin mucha dificultad. Especialistas de primera clase, Jack. Nos han traído a este palacio antes del toque de queda. Es de suponer que tú…

—Mi nombre es ahora Alexis Markov. ¿La documentación? ¿Tenéis la documentación en regla?

—Usted delira —dijo Noksik con la pipa entre los dientes—. Ni documentación ni porras. Despierte de una vez y convénzase de que esto ha terminado.

Alexis se volvió y le miró fijamente.

—Doctor…

—¡Oh, maldición! ¿De quién es el uniforme que viste? ¿Cómo lo ha conseguido?

—Eso es asunto mío.

—¡Y mío! ¡Conteste!

—Kemmerich desconfiaba —declaró lentamente Alexis—. Dejó de guardia junto a la puerta de mi habitación a uno de sus secuaces, un tipo corpulento, de ojos azules; uno de los que me condujeron a Plitsa. Ha muerto sin armar ruido. Su uniforme me viene ancho, pero ha cosechado muchos saludos…

—Muerto —interrumpió Noksik. Se le notaba roído por la cólera —. Y usted ha escapado de la enfermería. ¡Perfectamente! Debo marcharme.

—¡Noksik!

—¿Qué quiere? Apenas descubran lo que ha ocurrido, los alemanes correrán en mi busca. Yo soy quien ha diagnosticado su enfermedad; yo soy el hombre a quien venía usted recomendado. Ahora tienen la prueba evidente de que no era usted lo que aparentaba, ni su fiebre blanca tampoco. Cribarán toda la región, y la mitad de los habitantes, yo incluido, estaremos en un campo de concentración antes de una semana. ¿Ha oído usted hablar de los

campos de concentración? ¿Se atreven en Londres a mencionar estas cosas?

—Doctor, un momento —dijo Boro, conciliador.

Noksik sacudió tercamente la cabeza.

—He expuesto ya a ustedes lo que pensaba de la situación. Su amigo se ha empeñado en llevar a la práctica sus planes. Muy bien, adelante con ellos. ¿Deseaba fugarse de la enfermería? No creí que lo consiguiera, pero aquí está, y adelante también. La poca labor que hasta hoy he hecho en favor de la liberación tenía que terminar un día u otro. Antes de amanecer me habrán detenido los alemanes. Ustedes caerán en su poder, con o sin documentación, en cuanto salgan de esta madriguera. No hay manera humana de situar a un forastero en Plitsa, donde los alemanes saben al dedillo quién vive en cada casa, a qué se dedica, quién es…

—Si piensa de ese modo —objetó secamente Alexis— si ya pensaba así antes, ¿por qué nos ha prestado ayuda?

—Me negué a prestársela, ¿recuerda? Sólo que mudé de parecer.

—Bien, ¿por qué?

—No es difícil comprenderlo. —El médico sostenía impasible la mirada de Alexis— *Estaba seguro de que le matarían cuando intentara escapar de la enfermería*. Yo hubiera dispuesto de un margen de justificación atribuyendo su conducta a la fiebre; una excusa que tenía posibilidades, especialmente después de haber sido yo mismo quien le puso en manos de los alemanes. Está claro, ¿no es así? Mientras tanto, sus amigos podían aguardar ocultos aquí el momento propicio para despacharlos de regreso a Londres.

Hubo un silencio embarazoso.

—Dios —murmuró Ossy.

Alexis dijo:

—Es usted un maldito traidor. Es eso y nada más.

—¿Traidor a quién? —replicó Noksik tranquilamente—. ¿A usted? ¿A un estúpido desconocido? Soy leal a mi patria, Markov. Soy un combatiente de la libertad. No me importa sacrificar a la causa la vida de un hombre, si el hombre es un estorbo.

—Noksik, usted ha perdido el juicio —intervino Boro—. No comprende que…

—¡Cállate! —De atajó Alexis. Contemplaba al médico con expresión más pensativa que enojada—. No lo echemos todo a

perder por exceso de apasionamiento. Recapitulemos. Recuerde, doctor, que mis compañeros y yo estamos en Plitsa, en última instancia, porque usted nos ha llamado.

—Eso no es exacto.

—¡Lo es, Noksik! La resistencia serbia se había organizado magníficamente en estas montañas, las guerrillas descargaban golpe tras golpe, la carretera de Novibazar era para los alemanes una sangría. Todo esto se debía al talento de un solo hombre: Moritz. ¡El gran Moritz! Un nombre de guerra que oculta una personalidad excepcional, cuya verdadera identidad conocen muy pocas personas en el mundo… Y de pronto, ¿qué ocurrió? Tontamente, en una batida de represalia, confundido con un grupo de gente inofensiva, Moritz fue detenido. Así lo comunicó usted a Londres. Fue detenido y guardado como rehén, sin que los alemanes sospecharan quién era, como uno de tantos. La resistencia estaba destinada a hundirse, faltando él. Había que rescatarle.

—Yo no dije que hubiera que rescatarle.

—¿Era necesario que lo dijera? Rescatarle o sucumbir.

—Yo —replicó fríamente el médico—. Eso fue lo que pensaron ustedes en Londres, y no corresponde a la realidad. La eliminación de Moritz significa el fin de la resistencia tal como funciona ahora, de acuerdo, pero puede reorganizarse de otro modo.

Alexis sostenía su mirada.

—¿Con usted como jefe? —aventuró.

—¿Se burla?

—He conocido a ambiciosos de muchas clases.

Noksik sonrió con tristeza.

—Estúpida ambición, amigo: peligros, sinsabores, fatigas, y la muerte como premio. El puesto de Moritz no lo desea nadie; se acepta, a lo sumo, por espíritu de sacrificio. Usted no imagina…

—Nada necesito imaginar. Ni siquiera, si a eso vamos, el motivo de que Moritz haya sido sacado de Plitsa tan oportunamente; ni siquiera la razón de que nuestra llegada haya encontrado prevenidos a los alemanes.

El médico pestañeó.

—Acúseme de eso. ¡Atrévase!

—Usted mismo me sugirió la hipótesis.

Boro intervino para preguntar agriamente:

—¿Moritz sacado de Plitsa?

Alexis se volvió hacia él.

—Sí.

—¡Pero eso significa que los alemanes saben quién os! ¡Será su muerte! ¡Será la tortura! ¡Le interrogarán hasta conocer toda la trama de su organización!

—¿Qué dice a eso, doctor?

Silencio.

—No es seguro que le hayan identificado —gruñó al fin Noksik—. Es probable, pero no seguro. El grupo de rehenes de que Moritz formaba parte estaba encerrado en la Comandancia. Los sacaron a todos y se los llevaron juntos en un camión. Los informes que recibieron los alemanes podían quizá indicar que Moritz era uno de aquellos hombres, no exactamente cuál de ellos. Su identidad, en efecto, la conocían muy pocas personas.

—Usted era una.

—Sí. ¿Y qué?

Ossy, rompiendo su mutismo, dijo tristemente:

—Las discusiones no remediarán el daño, y es ridículo acusar al doctor sin pruebas. Posiblemente tenga razón: no nos queda otro remedio que renunciar y, si podemos, volver a Londres. Desde que puse pie en tierra me di cuenta de que algo anormal ocurría.

—¿Por qué? —inquirió Alexis.

—Precauciones extraordinarias. La comarca hervía le soldados. Casi dejé la piel.

—¿Incendiaste tú la casamata?

—Se incendió sola.

—¿Cómo fue?

—En una lucha. Descendí en la vecindad, muy cerca, y los dos hombres que tenían su puesto en el barracón oyeron cómo las ramas de los árboles se rompían en mi caída; salieron y me apresaron antes de que pudiera defenderme. Pero se descuidaron un instante al meterme en la casamata, y lo aproveché. No hubo tiros. Encontré una bayoneta al alcance de mi mano. En la pelea volcamos el quinqué. Salí de ahí envuelto en llamas. Las aproveché para quemar el paracaídas y todo cuanto me estorbaba… Tuve luego que subirme a un árbol y ocultarme entre el follaje, con un batallón de alemanes a mis pies. El despliegue duró varias horas. Suerte, al fin y

al cabo.

—Relativa —murmuró el médico—. Los alemanes saben que la casamata no se incendió sola y que los dos soldados no se carbonizaron por casualidad. Es la confirmación de sus sospechas.

—Si no tiene otras malas noticias que darnos —dijo Alexis con hastío— trataremos de resolver la situación. Necesitamos cerciorarnos sin asomo de duda de que Moritz ha salido de Plitsa, y si no ha salido, averiguar dónde está. Todo depende de esto. Según el resultado tomaremos una u otra decisión. Procure interpretarme bien, Noksik.

—No hay nada que interpretar. Ustedes no se moverán de este sótano.

—En tal caso, el trabajo lo realizará usted.

—Yo seré detenido por los alemanes apenas regrese a casa.

—Temo que tenga razón —opinó Ossy, sombrío.

Alexis cerró los ojos.

—¡No importa que tenga razón o no la tenga! —Opuso con sorda cólera—. ¡Quiero conocer el paradero de Moritz aunque nos cueste a todos la piel! ¿Queda claro? ¿Queda suficientemente claro?

Noksik le miró impasible.

—Existe un medio.

—¿Cuál?

—Salga y pregunte. Cargue usted con las consecuencias.

—De acuerdo —dijo Alexis entre dientes—. Lo haré yo.

—¡No! —intervino con vehemencia Ossy.

—¡Déjele que se suicide!

—¡Cállese! —Ossy se volvió a Alexis, ligeramente encendido el rostro—. Nuestra situación es desesperada, estamos en un callejón sin salida, se ha perdido todo. ¡Seamos realistas! No veo más que una solución: yo me presentaré a las autoridades alemanas y diré francamente que deseo hablar con Moritz. Si no acceden, o si Moritz ha sido llevado lejos de aquí, ¿qué pasará? Seguiremos como ahora. Pero hay una probabilidad entre mil de que, sea por curiosidad, sea por estrategia, permitan la entrevista, y si es así, dejaré una pista, una señal, algo que permita a otros localizar a Moritz. Entonces…

—Un momento —interrumpió el médico—. ¿Dice usted que se presentará a las autoridades alemanas? ¿No desvaría?

—Hablo en serio. Espero desconcertarles lo suficiente para que

me permitan ver a Moritz. —Ossy frunció los labios—. La mentalidad germánica me es familiar.

—Pero…

—Déjele —ordenó Alexis. Examinaba a su compañero con el entrecejo fruncido—. No contarás con salir con vida de eso, ¿verdad, Ossy?

—¿Quién sabe? Si no me matan en el acto, ¿por qué no? La guerra terminará un día u otro.

—Conforme por mí. El plan tiene posibilidades.

—¡Han perdido el sentido común! —exclamó Noksik.

Los tres compañeros hicieron caso omiso de él.

—Seré yo quien vaya —dijo Boro.

—No. La idea es mía.

—Lo echaremos a suertes.

—No.

—Irá Ossy —determinó fríamente Alexis—. El doctor volverá a casa, y si los alemanes le encierran, tanto peor. Pero antes debemos estudiar los detalles, establecer un medio de comunicación, buscar un recurso para que Ossy nos dé a conocer lo que pueda averiguar. Noksik, es preciso que nos facilite usted enlaces, aunque sea lo último que haga en el mundo.

El médico abrió la boca:

—Me niego a…

—¡Usted no se niega a nada! Comprenda de una vez que los cuatro que nos encontramos en este momento aquí somos cuatro hombres muertos. Ningún daño se nos puede ya causar.

Las pupilas de Noksik despedían fuego.

—Es la catástrofe. ¡Maldito el momento en que se me ocurrió avisar a Londres de lo que había pasado!

¡Oh, merezco que me ahorquen por mi estupidez!

Alexis esperó tranquilamente a que se calmara su furia.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó.

El silencio fue una respuesta afirmativa.

(Dramáticamente afirmativa).

(¿De acuerdo? ¿Y cómo no?).

(*All right)*.

(Cuatro muertos, cuatro náufragos del fracaso, cuatro ratas miserables que se asfixiaban en el sótano de un ruinoso molino de

aceite).

El silencio fue roto por la voz de Ossy:

—¿Por quién debo preguntar a los alemanes? ¿Con qué nombre conocen ellos a Moritz?

La respuesta se demoró. La dio Alexis, tras haber esperado en vano a que la diera el doctor:

—Boris Hanna. Tiene o tenía una granja al oeste de Plitsa. Su apariencia rústica ha sido hasta ahora un magnífico disfraz. ¿Me equivoco, Noksik?

El médico no contestó.

(*Boris Hanna)*.

(El primer detalle).

Alexis, de pronto, sintió miedo.

CAPÍTULO IV

Kemmerich entró, cerró la puerta y miró con callada intensidad al coronel Wagner.

Éste parecía ignorarle. En pie, tieso, un cigarrillo con boquilla en el ángulo de la boca, se ocupaba en vaciar lentamente una botella de cerveza en un vaso.

—No lo creerá usted —dijo el capitán al cabo de un momento—. Está ahí fuera.

Wagner le volvió la espalda.

—Un oficial bien educado saluda a las señoras, Kemmerich.

—Las se… —empezó el aludido. Se interrumpió al descubrir una figura femenina inmóvil en el extremo más apartado del amplio despacho. Inmediatamente entrechocó los tacones—. Perdóneme. No había advertido su presencia.

La mujer avanzó lentamente unos pasos.

—No necesita excusarse, capitán. —Era alta, rubia, de exóticos pómulos y rasgados ojos verdes. El sencillo vestido de algodón se amoldaba a su maravillosa figura. Los dientes asomaban entre sus sensuales labios curvados en una sonrisa—. Ustedes querrán hablar de sus cosas. Volveré más tarde.

—Quédate —dijo Wagner.

Tendía el vaso de cerveza.

—Hermann, vosotros…

—Quédate.

La mujer acentuó su sonrisa en obsequio de Kemmerich. Era, en parte, una sonrisa de disculpa, pero también había en ella un reflejo de vanidad, un rasgo de presunción. Parecía decir: «Ya ves si le importo».

Los labios formularon unas palabras:

—Lo siento, capitán Kemmerich; eso suena como una orden. ¿Le apetece una cerveza? Recién llegada de Munich…

—¿La ha conseguido por arte de magia?
—Mi magia particular.
—Sírvase usted mismo —dijo Wagner, desdeñosamente.
Tenía sobre una mesa auxiliar una caja abierta, de donde había tomado la botella anterior y la que comenzaba a destapar en aquel momento. Un juego de vasos junto a la caja. Un cenicero de cristal de Bohemia. Un estuche de tabaco egipcio.
—Sería un derroche desperdiciar ese néctar en mi garganta —replicó Kemmerich con sardónica humildad. Retrocedió hacia la puerta—. Soy yo quien se marcha. Irene, mi coronel…
—¿Quién ha dicho usted que está ahí fuera?
El capitán fijó en su jefe sus turbios ojos.
—Si estorbo…
—¿Va a contestar?
—El doctor Noksik.
Wagner vertía en un segundo vaso el contenido de la segunda botella. Terminó impasible la operación.
—¿Dónde le han cazado?
—En el cuarto de baño de su casa. Limpiándose los dientes.
El coronel enarcó una ceja.
—¿Qué significa eso?
—Exactamente lo que digo. —El tono de Kemmerich traicionaba una secreta fruición—. Noksik estaba en pijama. El ruido que producía al limpiarse los dientes ha puesto sobre aviso a los dos hombres que montaban guardia en su casa, y allí le han encontrado.
—¿Dónde estaban esos hombres?
—Uno en el salón y otro en el laboratorio.
—¡Ridículo, Kemmerich! Usted me informó anoche de que Noksik había desaparecido; usted afirmó que le hallaron ausente cuando acudieron a detenerle en su casa. Dejó de guardia a dos hombres. ¿Cómo ha reaparecido el médico? ¿Cuándo?
Kemmerich se encogió de hombros.
—Dice que ha dormido allí como siempre.
—¿En su casa?
—En su casa y en su cama. Por supuesto, no estaba en su habitación ni en ninguna parte cuando fuimos nosotros. Los centinelas juran que no le han visto ni oído llegar. Y sin embargo, le han descubierto en pijama, el cabello revuelto, la cama en

desorden, limpiándose tranquilamente los dientes. Acababa de levantarse.

El rostro del coronel tenía una expresión rara.

—¿Qué dice él?

—Que se acostó como de costumbre. Es hasta cierto punto plausible. Si se entra en la casa por la puerta lateral, puede alcanzarse directamente el dormitorio sin pasar por el dormitorio o el salón. —Kemmerich se humedeció los labios con la lengua—. Naturalmente, los centinelas dormían o dormitaban.

—Me dará usted parte escrito de sus nombres, Kemmerich.

—Será un placer.

Wagner semejaba haber olvidado su cerveza.

—Pero Noksik estaba de todos modos ausente cuando ustedes llegaron. ¿Dónde?

—Atendiendo a la señora Liberstzeit. Septicemia.

—¿Es verdad?

—Los Liberstzeit dicen que sí.

—Lo que ellos digan me tiene sin cuidado.

—Muy bien. —Kemmerich carraspeó—. ¿Quiere ver a Noksik?

—No.

El capitán enderezó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué hacemos con él, entonces?

—Despáchele. Que se marche a casa.

—Mi coronel, ¿habla usted en serio?

El cigarrillo se había consumido enteramente en la boquilla de Wagner. Éste fue a depositarla sobre su escritorio.

Luego se volvió a Kemmerich con una helada sonrisa.

—Noksik se marchará a casa. Usted le hará vigilar, capitán. ¡Sin un momento de descuido! ¡Sin centinelas que dormiten! ¿Qué utilidad tendría encerrar a ese maldito médico? Vamos a servirnos de él para averiguar qué es lo que en Plitsa se está tramando. Si no lo averiguamos en las próximas horas —la cultivada voz de Wagner se hizo dulce—, será usted fusilado, Kemmerich.

—La solución clásica —asintió el capitán con deliberada insolencia—. Usted y yo nos hemos educado en la misma escuela, mi coronel.

—¡Capitán!

—¿Por qué engañarnos? Resulta mucho más cómodo fusilar a

quien obedece las órdenes que a quien las da, sobre todo si quien las da es uno mismo. Soltaré a Noksik y me haré responsable de él. Usted no tiene poiqué preocuparse. —Kemmerich saludó con un taconazo y abrió la puerta anticipándose a la réplica del coronel—. A sus pies, Irene.

Salió.

La mano con que Wagner sostenía el vaso de cerveza tembló un instante.

—Cochino insolente. Algún día…

—Hermann —dijo conciliadoramente la mujer.

—Detesto a los espías, a los políticos y a los traidores —prosiguió él con odio—. Hans Kemmerich es las tres cosas. Lo más repugnante de esta guerra es que nos obliga a nosotros, los militares, a mezclarnos con tipos como él. ¡Atreverse a decir que nos hemos educado en la misma escuela! ¡Un soldado y un asqueroso discípulo de Goebbels! ¡Un profesional y un miserable arribista del Partido!

—¡Hermann, no puedes hablar así! La mujer avanzó apresuradamente, y, con delicadeza, puso dos dedos de su mano sobre la boca del hombre. —Tienes demasiados Kemmerich en derredor. Las paredes oyen.

—Quizá sería mejor que oyeran de verdad. Quizá sería mejor terminar para siempre con esto. Mi oficio es hacer la guerra, combatir contra soldados, luchar en el campo de batalla; no arruinar mi carrera en una guarnición campesina, persiguiendo al médico del pueblo y a los sucios aldeanos de su tertulia. Creo que…

—Hermann —insistió ella suavemente—, soy amiga del general Stelmach y del *gauleiter* Kastner; uno es un militar y otro un político, y ambos contribuyen a su manera a la victoria de Alemania.

—Pero no será nunca la misma victoria.

—¡Hermann, por favor!

La tensión que reflejaba el rostro del coronel comenzó a desvanecerse. Una forzada sonrisa asomó a sus labios.

—Sí, querida, perdóname. Hoy tengo los nervios un tanto alterados. —Tendió la mano para apoyarla en el hombro de la mujer—. Ya pasará.

Ella señaló el vaso de cerveza con el mentón.

—Bebe. Bebamos y olvidemos. Por nosotros, Hermann. Por los buenos ratos que hemos pasado y pasaremos juntos.

—¿Cuándo? —preguntó él, llevándose el vaso a los labios.

—¿Quién sabe?

—Tú te marchas de Plitsa, mañana.

—Volveré.

—Presiento que no, Irene.

—La última vez que nos vimos, en Praga, cuando viniste a ocupar tu puesto aquí, dijiste algo semejante. Sin embargo, nos hemos encontrado de nuevo. He venido. Y volveré.

—Presiento que no —repitió él.

—¿Por qué? Hermann, ¿qué te ocurre?

Wagner bebió en silencio.

—No me ocurre a mí —respondió después. Tras los cristales de las gafas, sus ojos tenían una expresión maligna—. Está ocurriendo en torno. Me asfixia. Y sin embargo, es algo invisible, algo más profundo que las apariencias… ¿Has oído lo que Kemmerich decía del médico?

—He entendido que el doctor Noksik despierta sospechas.

—¡Sospechas las ha despertado siempre! —dijo a media voz el coronel—. ¿Quién no las despierta, Irene? Pero Noksik es el único médico civil en muchos kilómetros a la redonda, y hemos de concederle libertad de acción si no queremos que la población nos ocasione conflictos mayores todavía… ¿Has oído hablar alguna vez del general Moritz?

La mujer titubeó, examinando a Wagner, atentamente.

—No estoy segura… Moritz es un apellido tan común…

—No se trata de un general alemán.

—No comprendo.

—Tanto mejor. Tras el nombre de «general Moritz», se oculta una personalidad destacada, un inteligente estratega, un técnico de la guerra de guerrillas. Nadie sabe quién es, pero todos le conocemos por sus obras: acaudilla el bandolerismo y las partidas de saboteadores serbios que operan en estas montañas. En estos momentos constituye un peligro gravísimo.

—¿Gravísimo, Hermann? ¿Un jefe de bandoleros?

Wagner, fija la mirada en el vacío, hizo caso omiso del escepticismo que denotaban las preguntas de la mujer.

—No conozco los detalles —prosiguió—, pero parece ser que un mensaje de nuestros servicios secretos ha revelado que el enemigo prepara una operación de apoyo a Moritz. Se trata de algo importante, sobre todo como indicio de lo que puede seguir. ¿Por qué apoyar a Moritz? ¿Por qué una operación de ayuda a las partidas que nos hostilizan en estas montañas? Eso sólo tiene una respuesta, Irene.

—Preferiría… hablar de otra cosa…

El coronel sacudió la cabeza.

—Necesito desahogarme. Déjame. La única respuesta posible es que Moritz y sus hombres han adquirido de pronto gran importancia, y ello porque, si son lo bastante fuertes, pueden estorbar o incluso impedir nuestros movimientos a lo largo de la carretera de Novibazar. No hay otra razón. Esta carretera es vital para nosotros.

—¿Y bien?

—La carretera interceptada ocasionaría el colapso de nuestras fuerzas en el sur de Yugoeslavia, en Albania, en Grecia, si se producía un ataque.

—¿Un ataque?

—Un desembarco en los Balkanes —dijo Wagner, secamente—. El Alto Mando lo está temiendo. Y el apoyo a Moritz sería la señal inequívoca de que iban a confirmarse sus temores.

—Comprendo —murmuró la mujer.

Hubo un silencio.

—El apoyo ha llegado —agregó el coronel a continuación.

—Lo siento —dijo ella—. Me doy cuenta de que no he podido elegir peor momento para venir a Plitsa.

—Todos los momentos son malos. Pero ahora sabíamos que algo debía ocurrir, estábamos sobre aviso, habíamos multiplicado la vigilancia, nos enviaron refuerzos, acudió un destacamento de SS… Anteanoche se anunció que la operación enemiga había comenzado, y desde entonces los acontecimientos se suceden. La conducta de Noksik es suficientemente significativa.

La mujer demostraba creciente interés.

—¿Es Noksik el hombre a quien llamáis general Moritz?

—¡No, imposible! Conocemos todos los antecedentes del médico, y en ninguna época de su vida ha podido adquirir los conocimientos

que Moritz parece poseer. Moritz es un especialista de esta clase de guerra, educado convenientemente e introducido en la comarca por el enemigo, oculto bajo una falsa personalidad, ignoramos cuál. Ayer, al amanecer, un individuo, un forastero que dijo llamarse Alexis Markov y venir de Zagreb en busca de un supuesto hermano político, fue capturado por los SS. Traía una carta de recomendación para Noksik. Le retuvimos mientras efectuábamos las comprobaciones imprescindibles, y luego Kemmerich le acompañó a casa del médico y asistió a su entrevista. Markov, de pronto, se sintió indispuesto, o lo fingió. Fiebre blanca, diagnosticó Noksik; una enfermedad infecciosa poco conocida, aunque bastante extendida en algunas zonas de este país. Nuestro médico no confirmó el diagnóstico por falta de datos, pero sí dijo que Markov estaba realmente enfermo. Le instalamos en la enfermería con cuarenta grados de fiebre, inconsciente, postrado. Normal y plausible hasta aquí. Por la noche, el presunto enfermo abandonó su habitación, sorprendió al SS que Kemmerich había dejado de guardia, le mató sin hacer el menor ruido, se puso su uniforme, salió tranquilamente y desapareció… Cuando fue descubierta su ausencia, Kemmerich corrió en busca de Noksik sospechando que la enfermedad era falsa y que el médico podía haber suministrado a Markov alguna droga para ayudarle a simular los síntomas. Noksik no estaba en casa, no se le encontró por ninguna parte. Ante la evidencia, se dio la alarma general. El resto se lo has oído contar a Kemmerich en persona.

—¿Quién era Markov? —preguntó rápidamente la mujer—. ¿Quién supones tú que sería?

—El enlace que viene a ponerse en contacto con Moritz, probablemente. Debió de arrojarse en paracaídas anteanoche. Un hombre hábil, bien entrenado y peligroso, a juzgar por lo que hizo en la enfermería.

—¿Y el médico de Plitsa es su cómplice?

—La población entera lo es, salvo unas pocas excepciones. —Wagner sonrió de un modo raro—. ¿O me dirás que no conoces los sentimientos de tus compatriotas? ¿Por qué cerrar los ojos a la realidad?

—Yo no soy yugoeslava más que a medias, Hermann, y lo que tengo de yugoeslava lo he ido perdiendo a través de Europa. —La

mujer descartó el tema con un ademán—. Volvamos a ese hombre. Era el enlace que debe ponerse en contacto con el general Moritz, se arrojó en paracaídas, traía una carta de recomendación dirigida al doctor Noksik… La carta podía servirle en caso de apuro, ¿no es así? En el caso, como ocurrió, de que vosotros le capturaseis. El doctor Noksik, para salvarle, le provocó los síntomas de una enfermedad, y el hombre huyó durante la noche de la enfermería. Noksik le condujo al encuentro de Moritz: por esta causa se había ausentado de su casa. Ahora, establecido el contacto entre el enlace y Moritz, parece claro que el incidente forma parte de un plan enemigo para que desembarcaren los Balkanes. ¿Es eso lo que tú piensas?

El coronel miraba con sorpresa a la mujer.

—Dijiste antes que preferirías hablar de otra cosa, Irene.

—Antes —concretó brevemente ella.

Esperaba.

—Sí, eso es más o menos lo que pienso —asintió Wagner con un suspiro—. Lo has expresado con la mayor claridad.

—¿A pesar de lo cual dejas en libertad a Noksik, sin ni siquiera interrogarle?

—¿No puedes comprenderlo?

—¡Naturalmente que puedo, Hermann! Y Kemmerich también puede, salvo que lamenta perder una ocasión de desahogar su sadismo. Tienes la evidencia, la certeza absoluta de que el doctor Noksik actúa en complicidad con el enemigo, y es un personaje lo bastante importante como para que el enlace enviado a Moritz se haya servido de él. Confías, por tanto, en qué el médico concluya por llevarte hasta el corazón de la organización clandestina serbia…

—Sí —murmuró Wagner, absorto.

—¿Será suficiente la vigilancia de Kemmerich?

—No conozco a nadie mejor para ese trabajo.

—¿Vigilaba él a Alexis Markov?

—Sí.

—Pero Markov escapó de la enfermería y mató a un SS.

El coronel se encogió de hombros.

—Noksik está hecho de otra fibra distinta. No escapará.

—¿Tú viste a Markov?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Un tipo difícil de clasificar. Alto, huesudo, tez oscura y ojos negros, enigmáticos y recelosos. Nariz clásica y mandíbula firme. Mal afeitado y mal vestido. Rudo, quizá; no lo sé. Afirmó que venía de Zagreb, y podría ser un obrero industrial especializado, un capataz, un técnico… Probablemente tiene dotes de mando: entre los dirigentes sindicales se encuentran a menudo hombres de su estilo.

Irene había dado media vuelta y, de espaldas al coronel, se alejaba de éste para aproximarse a la caja de botellas de cerveza. Apoyó el dedo índice sobre el tapón metálico de una de las botellas.

—¿No desconfiaste de un hombre así?

—Desconfié al instante, querida. Por ello ordené que le condujeran a casa de Noksik. De haber sido Un hombre vulgar, le hubiera dejado indefinidamente entre rejas.

La mujer titubeó.

—Hermann, es peligroso pasarse de listo.

—No llegar a listo es más peligroso aún —opuso él con delicada firmeza—. Si las circunstancias no terminan asfixiándome, si la amenaza invisible no se materializa demasiado pronto para nosotros, te aseguro que quién triunfará seré yo; y sobre varias clases de enemigos a un tiempo, por añadidura.

—¡Hermann!

—Vuelve a decirme que eres amiga del general Stelmach y del *gauleiter* Kastner, y que no debo hablar así —atajó irónicamente Wagner—. Me agrada considerar siempre el punto de vista femenino.

Ella había sacado una botella de la caja y examinaba la etiqueta con expresión pensativa.

—No, Hermann, no iba a decir eso. Iba a decir que a lo que me has contado le falta base. ¿Una operación de apoyo a las partidas de rebeldes serbios? ¿Un enlace para el general Moritz? ¿Un desembarco en los Balkanes? Bien, ¿por qué? ¿En qué te fundas para creer que esa supuesta operación ha comenzado?

—Los síntomas…

—No. Has dicho que el comienzo de la operación fue anunciado anteanoche. Has dicho exactamente eso, Hermann. ¿Cómo es posible que fuera anunciado? ¿Por quién?

Wagner rió secamente.

—¡Oh, eso! Hubo una señal.

La mujer daba vueltas a la botella de cerveza entre sus manos.

—¿Una señal?

—Querida, el espionaje no es asunto de mi incumbencia, ni creo que quienes tiran de los hilos permitieran que lo fuese. Se me comunican los resultados que me afectan como jefe de esta guarnición, pero no el detalle de cómo tales resultados se han conseguido. Estaba convenido que el comienzo de la operación sería anunciado mediante una señal, eso es todo.

—¿Anunciado por un agente nuestro que conoce los movimientos del enemigo? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí.

Las manos de Irene permanecían ahora inmóviles.

—Asombroso, Hermann. ¡Y a pesar de la precisión matemática de las informaciones, temes tú que te asfixie una amenaza invisible! ¿Con qué clase de señal se dio el aviso?

Sonó una llamada en la puerta del despacho.

La mujer se volvió para mirar interrogativamente a Wagner.

Éste dijo:

—Seguiremos hablando después. —Luego ordenó—: ¡Adelante!

Abrió la puerta un SS, que se quedó plantado en el umbral, en actitud a un tiempo disciplinada y altanera.

—Me marcho —articuló Irene, devolviendo la botella a la caja.

El coronel tendió la mano en su dirección.

—¿Qué ocurre? —preguntó al SS.

—Un indocumentado se ha presentado al destacamento de Usnach —recitó el hombre con voz incolora. Sus ojos estaban fijos en la mujer, pero no parecían verla—. Dos soldados le han traído. Dice que quiere hablar con alguien llamado Boris Hanna.

La perplejidad y la preocupación prevalecieron por un momento sobre la calma de Wagner.

—¿Otra historia como la de Markov? ¿Qué demonio…?

—De la presencia en Plitsa de Josip Ilyuchin, el pariente por quién preguntaba Alexis Markov, no existe el menor rastro —declaró el SS.

—¿Existe de ese otro hombre? ¿Se trata de eso?

El SS asintió desde el umbral de la puerta:

—Boris Hanna fue detenido en la redada que practicamos en Kosmak. Le tenemos en nuestro poder.

—¿Por qué fue detenido?

—Uno de tantos. Prevención disciplinaria. —El SS se humedeció los labios con la lengua—. El indocumentado lo sabe. Ha acudido al puesto de Usnach anunciando directamente que desea hablar con un prisionero llamado Boris Hanna.

Wagner cerró el puño derecho y se oprimió con él el mentón.

—¿Dónde está Boris Hanna?

—Encerrado en el Block B con los demás. Les trasladamos hace tres días. Pasamos informe a usted, mi coronel.

—¿Qué piensan ustedes de esto?

—Es sin duda una añagaza. No se comprende su intención, pero…

—Sin duda —asintió el coronel con ojos centelleantes—. ¡Una añagaza! Avise a los capitanes Kemmerich y Poppenhauer, y traiga a ese hombre aquí. —Dedicó una sonrisa a Irene—. A fin de cuentas será mejor que te marches, querida… Nos veremos dentro de un rato. Lamento que…

Ella echó a andar hacia la puerta.

—Con mucho gusto. —Se detuvo un instante—. ¿Por qué no preguntas si ese indocumentado ha dado su nombre, Hermann? ¿No sería un dato digno de atención?

El SS se apartaba del umbral.

—No ha dado nombre —declaró, anticipándose a la respuesta de Wagner—. Sólo ha dicho algo curioso.

—¿Qué? —inquirió el coronel.

—Que venía a hablar con Boris Hanna por encargo de Karl Hummelshein. —El SS miró intensamente a Wagner, y como notase que permanecía impasible, añadió—: Mi coronel, ¿usted no sabe quién es Hummelshein?

El rostro del coronel semejaba tallado en piedra.

—No.

—Ya veo. Bien, nosotros sí.

Irene abandonó el despacho, ligero y ondulante el paso, saludando en silencio a los dos hombres.

La puerta se cerró a su espalda.

CAPÍTULO V

La puerta se cerró a su espalda.

La pequeña puerta.

—Enciendan la luz.

Brotó la llama de una cerilla, que prendió en la mecha del quinqué.

—Noksik, usted se ha propuesto perdernos…

—Cállese.

Silencio.

En el sótano del molino en ruinas, conteniendo la respiración, Alexis y Boro permanecieron unos momentos con la mirada, fija en el rostro contraído y alterado del doctor Noksik.

Nada.

El médico bajó los últimos peldaños de la escalera.

—¡Sigue usted en libertad! —exclamó Boro, subrayando deliberadamente la evidencia del hecho—… Sigue en libertad, y sin embargo…

Noksik se encaró con él.

—¿Qué?

—¿A qué ha venido? —preguntó Alexis.

—A salvarles. —La voz del médico tenía una entonación rara—. A salvarnos todos.

—¡Pero le habrán seguido hasta aquí! Si sus temores de ayer eran fundados, es imposible que le permitan moverse sin estrecha vigilancia. Habíamos planeado que…

—Su compañero ha muerto —dijo Noksik, abruptamente.

—¿Ossy? —exclamó Boro—… ¿Ossy ha muerto?

—¿Quién, si no?

—Pe… pero…

—Está bien, Boro —murmuró Alexis.

—¡Le han matado!

—¡Digo que está bien!

Boro traté de dominarse.

—Debí ser yo quien…

Alexis le asió rudamente del brazo.

—¡Basta ya! —Volvió la cabeza en dirección al médico—. Siéntese en cualquier parte. Parece usted a punto de perder el sentido.

Sacudió a Boro, le empujó hacia la pared.

Boro se cubrió el rostro con las manos.

Noksik se había sentado en los peldaños inferiores de la escalera.

—Trate de ser coherente —le dijo Alexis después de soltar a Boro—. Empiece por el principio. Salió usted de aquí y regresó a casa. ¿Qué ocurrió?

—Regresé —asintió Noksik con voz opaca. Hurgó en su bolsillo hasta sacar la pipa, que se puso en la boca—. Había dos hombres, dos centinelas alemanes, uno en el salón y otro en el laboratorio. Les espié por la ventana. Dormían los dos. Entré sin hacer ruido, fui a mi dormitorio y me acosté. Se quedaron atónitos cuando por la mañana descubrieron que yo estaba allí.

—¿Y qué?

—Me llevaron a Kemmerich. Éste consultó con el coronel Wagner, y al volver, con una sonrisa astuta y exageradamente cortés, me anunció que estaba libre y se excusó por las molestias que me había ocasionado.

Alexis se inclinó hacia adelante.

—¿Nada más?

—Eso fue todo.

—¿Le soltaron?

—Enseguida. Pero, por supuesto, me pusieron vigilancia. La he tenido pisándome los talones todo el día…

—¿Y Ossy?

Boro, apoyado en la pared, levantó la cabeza para escuchar la respuesta.

—Sólo le he visto muerto. Me han conducido de improviso a la Comandancia, una vez más, cerca ya de mediodía. Wagner se ocupaba del asunto en persona. Estaba furioso. Había algo raro en la situación.

—¿Raro?

—Saltaba a la vista que Wagner estaba furioso contra Kemmerich. Parecía creer que la muerte de Ossy era culpa suya, o quizá obra suya. A mí me han preguntado…

El rostro de Alexis irradiaba una especie de resplandor.

—¡Un momento, Noksik! ¿La muerte de Ossy ha sido realmente obra de Kemmerich?

—No lo sé.

—¿Cómo ha muerto? ¿Le han matado al capturarle?

El médico sacudió la cabeza.

—Le han matado en la Comandancia.

—¿Quién?

—No lo sé, Markov. Lo único que sé es que Wagner no disimulaba su creencia de que Kemmerich se había precipitado, se había excedido, había cometido una estupidez…

—¿Cuál era la actitud de Kemmerich?

—Desdeñosa, sardónica y reservada.

—¿Y a Ossy le han, matado en la Comandancia?

—Exactamente en el cuarto de prevención de la Comandancia, donde yo mismo había permanecido encerrado algún tiempo antes. —La voz de Noksik adquiría firmeza; sus huraños ojos escrutaban con curiosidad el tenso rostro de Alexis—. Le pegaron un tiro. Un extraño tiro. Tenía una bala de pequeño calibre clavada en el corazón. Nadie oyó el disparo, que probablemente no fue hecho con una pistola corriente.

—¿No? —musitó Alexis.

—He visto la bala. En mi opinión, salió de un arma especial. Entiéndame… Las hay, aunque son raras. Diminutas pistolas de aire comprimido que pueden disimularse en una linterna, en una pitillera, en un encendedor, en cualquier objeto personal de uso corriente. Algunos modelos son utilizados por los agentes secretos rusos. Las conoce, ¿no?

Alexis enderezó lentamente el cuerpo.

Hubo una pausa.

—Siga, Noksik. ¿En qué circunstancias murió Ossy?

—Estaba encerrado en el cuarto de prevención, mientras Wagner era informado de su llegada y de su deseo de ver a… a Moritz… Cuando Wagner acudió personalmente al cuarto, le encontró muerto.

—¿Acudió solo?

—Con dos SS. ¿Por qué pregunta si acudió solo?

Alexis eludió la respuesta.

—El cuarto estaría vigilado, naturalmente.

—Hay un centinela en la puerta. Es uno de los puestos fijos.

—¿Tiene ventanas?

—Tiene una ventana enrejada que da al patio interior de la Comandancia. El antiguo patio de la escuela. Era la escuela, ¿sabe usted?, antes de que la requisaran los alemanes…

—¿A Ossy le dispararon desde el patio? ¿A través de esa ventana?

—Parece que sí.

—Una pistola de la clase que usted ha indicado no tiene mucho alcance.

—La distancia era corta. El cuarto de prevención es muy pequeño: prácticamente una celda individual, aunque a veces han sido encerrados allí ocho, diez, doce hombres… Sobre la forma en que Ossy murió no cabe la menor duda. La única duda está en quién lo hizo.

—¿Por qué sospecha Wagner de Kemmerich?

—No lo sé. Pero creí entender que el capitán estaba en el patio cuando encontraron a Ossy cadáver. Wagner y los SS le vieron por la ventana.

—¿Qué interés podía tener Kemmerich en matar a Ossy, doctor?

—No soy adivino —respondió el médico oscuramente.

—Es absurdo —intervino Boro con voz insegura—. Es algo completamente inverosímil. A no ser…

Los dos hombres le miraron.

—¿Qué?

—A no ser que los alemanes sean mucho más listos de lo que suponemos. Se me ocurre que pueden haber matado deliberadamente a Ossy y representado ante el doctor una comedia. Un tanteo. A pesar de que le han puesto en libertad, tienen que saber que Noksik te protegió a ti, Jack, y que está en relación con el movimiento de resistencia. Tienen que saber también que Ossy era un espía. Inician, como en ajedrez, una ofensiva desconcertante, en espera de nuestra reacción. Por parte de Noksik, la reacción ha sido correr a nuestro encuentro. Quizá era esto precisamente lo que

deseaban.

Noksik miró instintivamente hacia la puertecilla de lo alto de las escaleras.

—Si insinúa que me han seguido…

—¿Qué pasa si lo insinúo?

—No —terció fríamente Alexis—. Cualesquiera que hayan sido sus intenciones, Ossy les era mucho más útil vivo que muerto. Continúe, doctor. Wagner y los SS descubrieron el cadáver y vieron a Kemmerich por la ventana. ¿Qué hacía éste?

—Pasear por el patio.

—¿Qué más ocurrió?

—Nada. Wagner envió en mi busca.

—¿Por qué?

—Primero, para interrogarme sobre Ossy: si le conocía, si le había visto alguna vez, si era algún vecino de la comarca, si era alguno de los rebeldes que se ocultaban en los bosques… Le pregunté a qué rebeldes se refería. Wagner estaba muy nervioso.

—¿Y le dejó de nuevo en libertad?

—Cuando comprobó mis declaraciones, sí.

—¿Qué declaraciones?

—Quería saber en qué momento había yo abandonado la Comandancia cuando me soltó Kemmerich. Hubo media docena de testigos de mi salida. Los vigilantes que Kemmerich me había puesto confirmaron cuánto dije…

—¿Por qué pensaba Wagner que pudo usted haber matado a Ossy?

Se produjo una nueva y larga pausa.

—Supongo que para cerrarle la boca —dijo el médico a continuación—. Por temor a que Ossy se hubiera metido en un callejón sin salida, y no resistiera un interrogatorio suficientemente duro. Ésa fue mi idea.

—¿Y qué papel hubiera desempeñado Kemmerich en ello?

—Ninguno, probablemente. Pero se nota enseguida que entre él y Wagner existe una violenta enemistad personal. El coronel ha aprovechado la ocasión, simplemente, para comprometer a Kemmerich.

—Sin embargo, el capitán estaba en el patio. Pudo ver a la persona que cometió el crimen. Pudo cometerlo él. Es natural que

Wagner desconfíe.

—Quizá. Sólo que Kemmerich dice que acababa de salir al patio y que no vio a nadie. Pero la manera como lo dice…

—¿Qué?

—Sardónico. Seguro de sí mismo y de su posición. Su actitud era de burla y desdén hacia Wagner. ¿He de estar toda la noche repitiendo lo mismo?

—¿Kemmerich ocultaba algo? —insistió con energía Alexis.

El médico le miró titubeando.

—Puede que sí.

—¿Se habló de otras personas?

—No.

—¿De ninguna?

—De ninguna en particular.

—¿Tampoco… de una mujer?

Noksik, sereno ya, chupaba su pipa. La mirada que fijaba en Alexis se tornó escrutadora.

—¿Qué mujer?

—Se trata de una pregunta al azar.

—¡Al azar! —subrayó el médico, malhumorado—. Pues una mujer estuvo presente durante la mayor parte de las discusiones.

—¿Y bien?

—La amiga de Wagner.

—¿Sí?

—Una que ha venido a Plitsa a visitarle. Irene Gmund. Una rubia de postín, una viuda con modales berlineses, aunque habla el serbio mejor que yo. Una princesa entre los militares alemanes. Una perra.

—¿Sí? —repitió escuetamente Alexis.

—¿Por qué pone usted esa cara?

—Reflexiono.

—¿Por qué razón estaba la mujer allí? —terció Boro.

—Porque está siempre cerca de Wagner —declaró Noksik—. Dudo que sea necesaria otra razón.

—¿Cerca de Wagner incluso en la Comandancia?

—Sí.

Alexis se mordía los labios.

—Volvamos a usted, Noksik. ¿Le soltaron en cuanto hubo

terminado el interrogatorio?

—Inmediatamente.

—¿Sin que se aclarase nada?

—Por lo que yo pude oír, nada.

—¿Volvieron a vigilarle?

—Sí.

—¿Usted qué hizo?

—Primero almorzar; luego atender a mis enfermos, sólo los casos más urgentes; por último, encerrarme en casa y dejar mis cosas en orden.

—Quiere decir…

—Que no pienso volver.

—¡Es un cobarde! —exclamó súbitamente Boro—. ¡Es un cobarde, un traidor, un asesino! ¡Está mintiendo! ¿Cómo iban los alemanes a matar sin motivo a Ossy? ¡Lo ha hecho él! ¡Le ha delatado él! ¡Nos cuenta una historia grotesca! ¡Jack, no consientas que semejante alimaña…!

—¡Cállate! —Restalló la interrupción de Alexis—. Mi nombre no es Jack, sino Alexis Markov. Y el doctor Noksik no está mintiendo.

El médico le miró con sorpresa.

Boro insistió:

—Pero, por favor…

—¡Domina tus nervios, Boro! Repito que Noksik dice la verdad. Los alemanes, o por lo menos la mayoría de ellos, saben de la muerte de Ossy tanto como nosotros. Es un golpe que ni ellos ni nosotros podíamos prever.

—¡Imposible, Jack! ¡Se trata de una farsa!

—Me llamo Alexis Markov —subrayó el aludido con amenazadora calma. Se volvió hacia el médico—: Usted se ha encerrado esta tarde en casa y ha dejado en orden sus cosas porque no pensaba volver. Continúe.

El rostro de Noksik mostraba una expresión de intensa perplejidad.

—¿Quiere realmente que continúe?

—Sí.

—Muy bien. Después de anochecido he salido nuevamente y he fingido tomar el camino de la granja de los Liberstzeit. Tenía la esperanza de que mis dos guardianes me seguirían a distancia, con

lo que podría escabullirme en algún punto de la linde del bosque. No ha sido así.

—¿No?

—Han salido de casa conmigo y caminado a mi lado todo el tiempo.

—¿Y qué?

—Los he matado a los dos entre los primeros árboles.

Silencio.

Alexis, impasible, dijo:

—Las patrullas alemanas pueden seguirle hasta aquí con facilidad.

—He dado un gran rodeo. He llegado hasta los pantanos. Nadie conoce la región mejor que yo.

—No importa. Los SS tienen buenos perros rastreadores.

Noksik esbozó una sonrisa.

—Los rastros se esfuman con el transcurso de las horas. En tanto no aparezcan los muertos, no será dada la alarma. Para entonces no habrá perro en el mundo que me siga.

—No esté tan seguro. Si les echan de menos a usted y a esos hombres, los perros cuidarán de encontrar los cadáveres.

—Les desafío a que lo hagan —replicó el médico tranquilamente.

—¿Por qué discutir eso? —intervino Boro agresivamente—. Hay otras cosas…

—No hay nada más. —Esta vez fue el propio Noksik quien le interrumpió—. Todo ha terminado. Mañana estará usted nuevamente en Londres, de donde nunca debió haberse movido.

—¿Por capricho de usted? —preguntó Alexis con suavidad.

—Por sentido común.

—¿A qué ha venido, Noksik? Dígame, ¿qué propósito le ha traído a esta ratonera? Aquí no hay vía de escape visible. Boro y yo somos dos hombres acorralados. Todos los alemanes de Plitsa le buscarán a usted dentro de poco, o estarán ya buscándole. ¿Qué utilidad tiene encerrarse en este sótano?

—Usted supone que he venido con un propósito —gruñó el doctor. Se puso en pie, la pipa entre los dientes—. Bien, no se equivoca. Ahora verá.

Echó a andar y atravesó el espacio libre.

Se detuvo de espaldas a los dos compañeros, frente a la pared opuesta a la escalera.

Tendió las manos hacia las toscas y mal encajadas piedras del muro.

Quitó una piedra.

Hizo rodar una docena más.

La boca de una cavidad apareció a la vista.

Boro levantó el quinqué. Su luz reveló que la cavidad contenía una gran caja metálica oblonga.

—¿Armas?

—No son armas —dijo Alexis.

Noksik asió la caja y, sin hacer comentario, tiró de ella.

Pesaba.

—¿Qué es? —insistió Boro.

—Una emisora de radio de modelo ruso. —Alexis contemplaba al médico con el entrecejo fruncido—. El instrumento providencial que se supone nos salvará a los tres…

Noksik, puesta la caja en evidencia, pero sin sacarla de la cavidad del muro, giró en redondo.

—Exactamente —puntualizó—: una emisora de alta potencia construida en Rusia. Conoce usted bien el género, Markov. Dentro de unos minutos puedo estar en contacto con nuestro enlace de Malta, y antes de amanecer habrá venido en nuestra busca un avión. Tenía previsto que las circunstancias me obligaran a esto. Hay un terreno de aterrizaje preparado y camuflado no lejos de aquí.

Les ojos de Boro se iluminaron.

—¡Cielos!

—¿De qué te sorprendes? —dijo Alexis—. Es sabido que Noksik ha dispuesto siempre de un medio de contacto con nuestras líneas. Era lógico que lo ocultara en este subterráneo.

—Los tipos tan listos como usted me aturden —observó el médico con belicosidad—. ¿Tiene algo que objetar a mis planes? Sabe cuál es la situación, sabe lo que nos espera, sabe lo que ha ocurrido. ¿Qué dice?

—No sé cuál es la situación, Noksik.

—Pero…

—¡Podemos estar en Londres por la mañana! —exclamó

ahogadamente Boro—. ¡Oh, Dios, Dios! ¡Parece increíble!

—Piccadilly —murmuró Alexis.

(*Salude a Piccadilly de mi parte)*.

—Es un sueño. Un bello sueño.

Noksik chupaba su pipa, pendiente por entero de Alexis.

—¿Por qué ha dicho que no sabe cuál es la situación?

—Porque a mí me interesa una sola cosa, doctor. Lo recuerden ustedes o no, a todos nos interesa una sola cosa: la que ha costado la vida a Ossy.

—¡Markov, no empecemos de nuevo!

—No se trata de empezar de nuevo, sino de continuar lo que no ha terminado aún. Boro y yo hemos venido a Plitsa para liberar a Moritz.

El médico se quitó la pipa de la boca.

—Maldito sea usted —articuló.

Boro dio un paso hacia su compañero.

—Jack…

—¡Dejé de llamarme Jack en el instante en que salimos de Londres! —rugió Alexis. El fuego de su voz eructó como un volcán en medio de la calma que hasta entonces había demostrado—. La muerte de Ossy significa únicamente el fin de una etapa. Habrá otras. Habrá muchas otras. Y nuestro primer objetivo, ¿me oye usted, Noksik?, sigue siendo averiguar dónde está Moritz; el segundo, ir a por él.

—¡Estúpido cabezota!

—¿Me ha oído, doctor?

—¡Naturalmente que le he oído! ¿Quiere que le diga eso que tanto le interesa? ¿Quiere saberlo de una vez?

—Es lo que espero desde que usted ha llegado.

—Maldito sea —repitió Noksik.

—No comprendo —dijo Boro.

Alexis se encogió de hombros.

—Salta a la vista, sin embargo. Desde su llegada, Noksik nos ha descrito con todo detalle el asesinato de Ossy, el aparente enigma que rodea su muerte, la actitud de los alemanes, lo crítico de la situación, los motivos que le han inducido a emprender la fuga; nos ha mostrado su emisora de radio y ha anunciado que antes de la mañana podemos estar de regreso en Londres. Pero en ninguna

ocasión, en ninguna, se ha referido a Moritz. No le conviene que pensemos en él.

—¿No le conviene?

Alexis preguntó al médico:

—¿Dónde está Moritz? Usted lo sabe ya, ¿no es así? La muerte de Ossy, a fin de cuentas, ha servido de algo. Dígalo.

Noksik respondió con deliberación:

—Moritz, como todos los hombres capturados en la redada de Kosmak, está recluido desde hace tres días en el Block B.

—¿Qué es eso?

—Una dependencia de la guarnición, al norte de Plitsa, junto a la carretera. Hay un fortín y un depósito de municiones y de material.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Los alemanes hablaron de ello en mi presencia. Ossy les dijo, efectivamente, que deseaba ver a Boris Hanna. Ésta era para el coronel Wagner, una de las incógnitas que planteaba su muerte. Me ha preguntado por Hanna. Le he visto…

—Le ha visto —comentó Alexis entre dientes.

—¿Por qué no? Me han enfrentado con él. Le habían conducido a la Comandancia para interrogarle.

—¿Le han devuelto luego a ese lugar?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Lo estoy de que le devolvieron. No puedo saber si continúa allí ahora. Wagner se proponía informar al Alto Mando y aguardar instrucciones.

—¿Es fácil localizar el Block B?

—Hay dos dependencias militares al norte de Plitsa: el Block A y el Block B. El primero está a la izquierda de la carretera; el segundo, a la derecha. —Noksik sonrió con ira—. Puede darse un paseo nocturno hasta allí, si le apetece tomar el fresco.

—El Block B está a la derecha. Quiere usted decir saliendo de Plitsa en dirección norte.

—Exacto.

La mano de Alexis señaló la cavidad de la pared.

—¿Guarda usted ahí otro material?

El médico miró en la dirección indicada.

—Algunas cosas…

—¿Armas?

—Un subfusil y sus municiones.

—¿Aparatos de señales?

Noksik fruncía el entrecejo.

—Según.

—¿Una bengala, por casualidad? ¿Un cohete-bengala?

—Tengo un paquete de bengalas. Si un avión ha de venir en mi busca en mitad de la noche…

Alexis respiró profundamente.

—Muy bien. —Se volvió hacia Boro, que había escuchado en actitud de sorpresa—. Vas a responderme con tu vida de que este hombre no utilizará la radio…

—¿Qué?

—Durante mi ausencia.

—Durante… ¡Oh, no! ¡De ningún modo! ¡Tú no puedes marcharte!

Noksik, que se desplazaba hacia el pie de la escalera, dijo:

—Era de temer que se le ocurriera una imbecilidad así. Pero ya oye a su compañero. Por una vez estoy de acuerdo con él: usted no puede marcharse, y no se marchará. A los locos, si es necesario, se les hace entrar en razón por la fuerza.

—Jack, ¿qué te propones? —inquirió Boro.

—Salir.

—¡Por favor, Jack!

—Mi nombre es Alexis Markov.

—¡Prescindamos ahora de tonterías! ¡Toda la guarnición alemana está alerta! ¡No nos queda otro recurso que pedir la evacuación! ¡Ni siquiera podemos resistir aquí el tiempo que…!

Boro calló.

Con gesto natural, Alexis había abierto la pistolera de su uniforme de SS y sacado la «Luger».

—Yo también, por una vez, estoy de acuerdo con Noksik —anunció glacialmente—: no me importa sacrificar a la causa que defiendo, la vida de un hombre, ni la de dos, si los hombres son un estorbo.

Boro le miraba con la boca abierta.

—No te conozco, Jack.

—No conoces a ningún Jack. Déjeme el paso libre, Noksik.

Enfurruñado, pero en silencio, el médico se apartó del pie de la escalera.

Alexis ascendió unos peldaños.

—Supongo que sabes lo qué haces —dijo Boro con amargura—. Supongo que tendrás tus motivos para obrar así, y que no has de darme explicaciones, ni siquiera para el caso de que no regreses.

—No regresará —gruñó Noksik—. Estoy pensando que hemos encontrado la solución perfecta…

Alexis se había detenido.

—Impide que utilice la radio, eso es todo —respondió a Boro—. Mañana por la noche, si no he vuelto, podéis llamar a Malta y pedir la evacuación. Apaga la luz ahora.

Boro apagó el quinqué.

(Definitivo, una orden era siempre una orden).

—Así reviente —masculló el médico.

En la oscuridad, Alexis alcanzó la puertecilla de lo alto de la escalera, la abrió y abandonó el subterráneo.

CAPÍTULO VI

Alexis dijo en alemán:

—Te tengo encañonado. Procura no moverte. —Hizo una pausa antes de añadir—: *Yob troion matj.*

El hombre que le daba la espalda encogió un poco los hombros. Luego soltó una seca y ahogada risa.

—¿Eres ruso?

—No.

—¿Puedo volverme?

—No.

—Está bien. Es peligroso hablar aquí. Pero me gustaría saber cómo me has identificado.

—Una deducción. ¿Me conoces?

—Imagino que eres el que dijo llamarse Alexis Markov. Nunca debiste volver, y no comprendo cómo te las has ingeniado. —El hombre, inmóvil, las manos a media altura, se expresaba en susurros—. Te cazarán.

—Eso es cuenta mía.

—¿Qué quieres?

—Sacar a Boris Hanna del Block B.

—De modo que es él quien os interesa.

—Sí.

—¿Vienes de Londres?

—Sí.

—Un trabajo burdo.

—No ha terminado aún. ¿Cuento con tu ayuda?

—Sólo limitada.

—¿Por qué?

—Estoy en posición comprometida. Y la culpa es vuestra. Os habéis comportado como niños. Ha faltado poco para que en la caída me arrastraseis a mí. Ocupo un puesto clave y no quiero

perderlo.

Alexis dijo lentamente:

—Boris Hanna es el general Moritz.

Hubo un silencio.

—No importa —respondió el hombre a continuación—. El Gobierno soviético tiene para Yugoeslavia planes definidos. En ningún momento he recibido órdenes de colaborar con los resistentes burgueses. Vuestro general Moritz es sólo un lugarteniente de Mihailovich.

—Será peor para ti quedar al margen.

—No veo la razón. No sacarás a Moritz del Block B, ni siquiera contando con mi ayuda. Habéis perdido vuestra ocasión. Vuélvete a Londres.

—¿Tú sabes por qué la hemos perdido?

—Os han traicionado.

—¿Sabes quién?

—No es difícil saberlo.

—¿Por qué no me tendiste una mano antes?

—El hombre cuya mano debe recoger diamantes no la tiende hacia un montón de escoria cuando corre el peligro de perder los dedos. Mi misión está muy por encima de esas minucias. Soy un triunfo en reserva, un as que no se desperdicia para ganar la baza del dos. Necesito continuar donde estoy hasta que mi hora llegue.

—Puedo matarte —anunció Alexis.

—En efecto.

—Puedo revelar a los alemanes que en uno de los puntos neurálgicos del dispositivo militar de Plitsa está situado un espía ruso, y que el espía eres tú.

—Puedes —asintió tranquilamente el hombre.

—Sólo te pediré una cosa.

—¿Cuál?

—Protege a Irene Gmund.

El hombre volvió a reír.

—He estado haciéndolo. Sin embargo, ella es muy capaz de protegerse sola y, encima, de protegeros a vosotros… Esa estúpida historia habría ya terminado sin su maravillosa capacidad de decisión.

—Escúchame.

—Tiempo perdido.
—Es mi tiempo, a fin de cuentas. Escúchame. Un avión nos evacuará a Londres antes de amanecer. Quiero que Irene esté en disposición de venir con nosotros.
—¿Deliras?
—Lo conseguiré, o de lo contrario reventaremos todos —prosiguió Alexis con frialdad—. Con tu ayuda o sin ella, esta noche sacaré de aquí a Boris Hanna. Cuando me marche, Irene Gmund debe venir conmigo. ¿Qué dices?
—Ese asunto no es para mí.
—Saliendo de Plitsa en dirección sur y caminando con la cumbre del monte Hutsch como guía, se encuentran en pleno campo las ruinas de un antiguo molino de aceite. Quiero que Irene sea conducida a esas ruinas. Nada más.
—¿Cuándo?
—Después del bombardeo.
—¿Qué bombardeo? ¿Estás loco?
—Voy a forzar la situación: es mi único recurso. Pediré por radio a Malta un ataque aéreo contra Plitsa, y aprovecharé la confusión para liberar a Moritz. No se me ocurre otro medio.
El hombre volvió parcialmente la cabeza.
—Absurdo. Ni que fueras el jefe de Estado Mayor. Un ataque aéreo no se improvisa en cinco minutos. En estos momentos…
—¿Quién te ha dicho que no soy el jefe de Estado Mayor? —interrumpió Alexis.
—Pero, tú…
—¿Estás o no estás conmigo? Habrá un ataque aéreo dentro de cuatro horas, cinco a más tardar. Sal de la población y llévate a Irene Gmund. Poneos a salvo. Nos reuniremos en el molino de aceite. ¿Qué riesgo corres?
Algo en el tono de Alexis hizo al hombre titubear.
—No lo sé.
—Me estoy jugando la vida por persuadirte.
—Tu vida me tiene sin cuidado. Pienso en las vidas inocentes que vuestras bombas segarán en Plitsa. —La voz del hombre se había hecho dura—. No me gusta la idea. Prefiero creer en la posibilidad de que dejes en suspenso tus planes si Irene Gmund está en la población, y las bombas pueden matarla. Ella sería una

garantía.

—¿Tú piensas eso? —preguntó Alexis, sarcástico—. *¿Tú?*

—¿Por qué no? Es nuestra guerra, no la de las mujeres y los niños serbios. —El hombre, sin apresurarse, dio media vuelta completa y posó en la «Luger» su peculiar mirada—. Has de aprender a conocerme, ¿sabes? Has de aprender a conocer a la gente de mí categoría. —Súbitamente añadió—: Está bien, lo haré.

—¿Qué harás?

—Cuidaré de Irene y la conduciré al molino. Pero después del ataque. Sólo después. Ella permanecerá en Plitsa hasta que se marchen vuestros aviones. Comprendes, ¿verdad?

Alexis, mirando al hombre a los ojos, devolvió la pistola a su funda.

—Uno tiene siempre sorpresas.

—Tú, seguro que sí.

—Para tu tierno corazón será un alivio saber que no entraba en mis cálculos causar daño a la población civil de Plitsa. El bombardeo se dirigirá contra la carretera y el Block A. Una escuadrilla de aparatos ligeros. Yo me situaré junto al Block A y localizaré el objetivo disparando un cohete-bengala. Si alguna bomba equivoca el blanco, mala suerte.

—Dispararás un cohete-bengala —asintió burlonamente el hombre—. Como en una fiesta. Tranquilo. Tomando el fresco junto al Block A mientras se acercan los aviones. —Sacudió la cabeza—. ¿Puedo saber cómo piensas llegar al Block B y encontrar a Boris Hanna? ¿Cómo piensas llevártelo de allí?

—En este momento la partida está perdida —dijo significativamente Alexis.

—No creo en la eficacia de la improvisación.

—Yo tampoco.

—¿Con eso quieres dar a entender que te lanzas deliberadamente al fracaso?

—Bríndame otro recurso.

El hombre se encogió de hombros.

—No lo hay. Pero ¿tan importante es para vosotros el general Moritz? ¿Tan ciegos estáis en Londres? ¡Un triste sicario de Mihailovich! Hazme caso, escucha el consejo de una persona bien informada y deja a ese monigote inútil correr su suerte. No merece

la pena. Agarra a Irene Gmund, y lárgate. Te lo digo yo.

—No te confundas.

—¿Confundirme en qué?

—Moritz puede no ser importante, pero cumplir la misión que se me encomienda es para mí lo más importante del mundo. Si un día…

El hombre agitó con viveza una mano.

—Silencio. Échate atrás.

Alexis oyó pasos.

En la noche.

Enderezó la cabeza.

Había dado alcance al hombre junto a la tapia de un corral, en un lugar que olía a estiércol, a cerdos, a conejos, a gallinas. Una casa grande se alzaba a continuación. En las tinieblas.

Le había aplicado la «Luger» a los riñones entre la tapia del corral y la esquina misma de la casa.

Allí estaban los dos ahora.

—Digo que te eches atrás.

Cuando los pasos (pasos militares) sonaban muy próximos, Alexis se guareció en la maloliente y tibia oscuridad del otro lado de la tapia.

De súbito, una exclamación ahogada y el haz de luz de una linterna.

El hombre encendía un cigarrillo.

Indiferente.

Dos soldados de ronda.

Saludos en silencio.

La luz se apagó, los pasos se alejaron.

—Sal.

Una sombra entre sombras, Alexis reapareció.

—Llevo un uniforme de SS. Me parece exagerado adoptar tantas precauciones.

La brasa del cigarrillo iluminaba débilmente el rostro del hombre.

—¿Has tropezado con alguna patrulla en tu camino hasta aquí?

—Las he evitado.

—Por eso sigues vivo. Ni un solo alemán en Plitsa ignora que te apoderaste de un uniforme de SS. Se ha dado orden general de

disparar contra los SS a primera vista, sin preguntas, sin voz de alto, sin nada. Ninguno vestirá de uniforme, por supuesto, hasta que esto termine. —La aspiración del hombre avivé la brasa—. Ahí tienes. ¿El molino de aceite es vuestra base de operaciones?

—Sí.

—¿Regresas?

—Sí.

El hombre consultó su reloj de esfera fosforescente.

—Toma por detrás de ese corral y aléjate del pueblo en línea recta, por el camino que sigue el curso del arroyo donde están los lavaderos públicos, a lo largo de las huertas. Habrá patrullas a esta hora, dos por lo menos, pero es allí donde resulta más fácil ocultarse y burlarlas. No tuerzas luego hacia el sur hasta haber rebasado las huertas. Continúa por terreno despejado; una sorpresa es menos de temer.

—Tu tierno corazón —dijo Alexis, a la expectativa.

—¿Y bien?

—Nada.

—Siento curiosidad por ver lo que ocurre, simplemente —declaró el hombre—. Si de veras consigues que vengan esta noche los aviones ingleses, acércate al Block A por el lado de la carretera, que es, aunque parezca lo contrario, el más accesible. Limítate a evitar las luces de los vehículos. Apóstate a la altura de una torre cilíndrica, una instalación elevadora de aguas, y dispara desde allí tu cohete. Podrás cruzar la carretera y alcanzar en un momento el Block B.

—¿Y entonces?

—Depende de lo que los aviones hagan. ¿Has pensado lo que representa un buen blanco en el Block A?

—¿Qué?

—La voladura de un polvorín. Con posibilidad de que la explosión se transmita por simpatía a los depósitos del Block B. Te aconsejo que no hagas planes demasiado optimistas.

Alexis sonreía.

—Tú eres que lo conseguiré. Lo estás creyendo. Se nota. Eres el primer hombre en mucho tiempo que confía en mí.

—¡Lárgate!

—Volveremos a vernos. —Alexis tendía la mano—. Seguro que

volveremos a vernos. Buena suerte, y gracias.

La mano.

—Le dan a uno risa los tipos como tú —masculló el hombre. Y añadió a manera de despedida—: *Yob troion matj.*

Alexis desapareció en las tinieblas.

Otra vez.

El quinqué estaba a cargo de Boro.

Alexis bajó lentamente las escaleras.

—¿Qué?

Extrañas sombras se extendían por su cara: fatiga, preocupación, hastío, calor, miedo, enojo. Los hoscos y profundos ojos negros semejaban albergar en sus pupilas la muerte.

Extrañas sombras.

—No ha usado la radio —dijo Boro—. No lo ha intentado siquiera. Ha asegurado que si regresabas significaría que tienes un pacto con Satanás. Probablemente no se equivoca.

Sin interés.

Sentado en el suelo, la espalda recostada en la pared, el médico simulaba dormir.

Alexis avanzó y le tocó con el pie.

—Ésta es la hora de su radio, Noksik.

—Ésta ya no es la hora de nada. —La voz surgió farfullante por debajo del bigote, sin que el médico llegase ni a entreabrir los párpados—. Pongamos en orden nuestras conciencias, y aprestémonos a bien morir.

—Llame a Malta.

—¿Para qué?

—Hágalo.

Los párpados concluyeron abriéndose, la mirada de Noksik se alzó.

—Usted no ha mudado de opinión.

—Haga lo que le digo.

El médico titubeó un instante. Luego levantó trabajosamente del suelo su humanidad, dio unos pasos hacia la cavidad de la pared y manipuló la tapadera de la caja metálica.

Boro miraba fijamente a Alexis.

—¿Has cambiado o no de opinión, Jack? ¿Qué contestas a esto?

—Ante todo, que mi nombre no es Jack.

—Por favor…

Alexis se había vuelto para contemplar las manipulaciones de Noksik. Preguntó a éste:

—Ese campo de aterrizaje habilitado cerca de aquí, ¿servirá para un transporte de tipo medio?

Las manos del médico se inmovilizaron.

—¿Un transporte?

—Un aparato capaz de despegar con cinco o seis pasajeros a bordo.

—¡Markov, no se burle usted de mí! ¡No me ponga la miel en los labios! ¡No me importaría matarle si…!

—Le he hecho una pregunta.

Boro se aproximaba, excitado.

—¡Cielos!

—Podrían utilizarlo un «Hallworth» de combate o un «Warspider», por ejemplo —respondió rápidamente el médico—. No servirá para aviones superiores, salvo tipos muy modernos, ligeros y potentes, que despeguen en trecho corto. Estoy mal informado sobre eso…

—Es suficiente.

Noksik había abierto la caja, poniendo en evidencia la estación de radio que contenía: mandos, pilas, antena plegable; un conjunto compacto, de apariencia técnica y funcional.

—¿Va a decirme que llame a Malta y pida que venga en nuestra búsqueda un aparato de esa clase? ¿Va a decirme eso, Markov? ¿Quizá un «Warspider» para tres pasajeros?

—Llame —replicó Alexis, secamente—. Páseme la comunicación cuando la tenga.

—No puedo creerlo —murmuró Boro—. Todavía no puedo creerlo. —Asió del brazo a Alexis—. Algo te ha ocurrido. Algo has averiguado, o has visto, no sé. Algo que de pronto…

—He hablado de cinco o seis pasajeros, no de tres. Uno de ellos será Moritz.

Las palabras hicieron que el médico se estremeciera.

—¿Moritz?

—Llame a Malta.

—¡No! Explíquese primero.

—No hay nada que explicar. He venido a Plitsa en busca del

general Moritz. Necesito un avión para llevármelo.

Noksik se había despertado por completo.

—¿Dónde está? —rugió.

—¿Moritz?

—¡Naturalmente!

—Encerrado en el Block B. —La mano de Alexis rozaba como por descuido la funda de la «Luger»—. Le he dicho que llame a Malta y me pase la comunicación. ¿He de estar repitiéndolo hasta que amanezca?

—¿No puede usted obligarle a que entre en razón? —preguntó el médico a Boro.

Éste se pasó la lengua por los labios.

—Llame a Malta, doctor —respondió amargamente—. Luego ya veremos…

Malta.

Un contacto a través de la distancia y de la noche, a través del campo enemigo, a través de un mundo hostil.

Una voz resonando en la gran caja metálica.

Noksik sudaba y le temblaban las manos.



—Apártese —le dijo Alexis.

—Hijo de perra —murmuró el Médico.

Alexis se inclinó sobre la caja y tomó el micrófono.

—Preste atención, Malta. ¿Me oye con claridad? Cambio.

La voz:

—Le oigo perfectamente. ¿Quién es usted?

—Tome nota de un mensaje urgente para *Sir* Fabián Santee.

Atención. ¿Listo?

—Sí.

—El texto es como sigue: «Operación Horizonte. Desenlace anticipado. Día D, catorce de julio; hora H, dos madrugada. Una escuadrilla de bombarderos ligeros compuesta de cinco aparatos se encontrará sobre Plitsa; veintiún grados cinco minutos Este, cuarenta y tres grados catorce minutos Norte. El objetivo les será señalado mediante un cohete-bengala, y deben limitar su ataque a él, con exclusión de todo otro objetivo distinto. Hay dos campos militares al norte de Plitsa, uno al este y otro al oeste de la carretera de Novibazar. Debe ser destruido el que se encuentra al oeste, con la carretera como límite extremo, y bajo ningún concepto debe causarse daño al que se encuentra al este, so pena de hacer fracasar la Operación. Sorpresa y efecto desmoralizador como propósito fundamental. Retirada inmediata». ¿Bien hasta aquí?

La lejana voz:

—Perfectamente.

Un ronco jadeo de Noksik.

—Añada esto: «Hora H más uno. Un transporte de tipo medio, no superior a un "Hallworth" o un "Warspider", pero con capacidad para despegar con seis pasajeros, tomará tierra en el punto que señalamos a continuación». —Alexis apartó el micro de su boca para aproximárselo a Noksik. Miró al médico a los ojos—. Sitúe su campo de aterrizaje —ordenó—, y explique cómo orientaremos al piloto. Habrá luna, pero también nubes, téngalo en cuenta.

—¡Está loco! —exclamó Noksik. Asió el micrófono furiosamente —. ¡Yo no me responsabilizo de esto! ¡Doble-Eme-Doce al habla! ¿Me Oyen ahí? ¡Este hombre utiliza la radio sin mi consentimiento! ¡Ha perdido el juicio!

La voz:

—¿Qué ocurre?

—¡Se lo estoy diciendo!

—¿Quién ha hablado antes?

—¡No lo sé!

Alexis arrancó el micro de manos del médico.

—Ha hablado I-Ese-Uno.

—Lo suponía. —La voz se tornó ligeramente irónica—: ¿Dificultades, señor?

—Meras debilidades humanas —respondió con calma Alexis. Tendió de nuevo el micrófono a Noksik—. Obedezca.

El médico lo hizo.

(I-Ese-Uno).

Debilidades humanas.

A Boro, que escuchaba en silencio, le rodaban cara abajo gotas de sudor.

CAPÍTULO VII

Hora H menos un minuto.

Lo único que Alexis oía era el castañeteo de los dientes de Boro.

Estaba tendido boca abajo, rozando con la cara una mata de romero. Tenía a su izquierda, más arriba, a unos metros, la carretera; a su derecha, la alambrada del Block A.

No pensaba, no sentía, no vivía apenas.

Se limitaba a esperar.

Hubiera sido insensato trazar planes. Una idea general, unos preparativos, muy bien. ¿Luego? Luego, a saber cuál sería la reacción alemana. A saber si el ataque sería ejecutado de acuerdo con las instrucciones. A saber si habría confusión o no.

Tenía que haberla: soldados bisoños, tropas sin curtir, muchachos amantecados en la inacción de la guarnición pueblerina. Ver de cerca la muerte los convertiría en bestias asustadas.

Tenía que ser así.

¿Y si no era?

Alexis dejó que una rama de romero le acariciara la mejilla.

¡El impacto terrorífico de un bombardeo aéreo nocturno sobre soldados habituados a dormir en paz!

¿Y si no?

Oyó que Boro murmuraba:

—Sin armas… Sin otras armas que tu pistola… Es una fortaleza. Hay centinelas por todas partes. Moritz estará encerrado en lugar seguro. Si las propias bombas inglesas no acaban con nosotros…

Ahora.

Un runruneo en el cielo.

Boro añadía:

—He dejado… a una muchacha en Londres. Trabaja en un club nocturno de Piccadilly. Escúchame. No quería hablar de ello, pero… Jack, escúchame, en un momento así…

—Cállate.

¡Un runruneo!

Boro lo había oído también.

—Dios se apiade de nosotros.

El rumor crecía, crecía, crecía. Podía ya determinarse que se aproximaba por el lado de las colinas, rumbo ENE.

Súbitamente hubo movimiento en el recinto del Block A. Luces adicionales. Una voz.

¿Alarma?

Ni siquiera alarma. ¿Por qué suponer que se tratara de aviones enemigos? ¿Por qué precisamente en Plitsa?

La guerra se reducía allí a cazar granjeros.

Enderezando un poco la cabeza y mirando en dirección al puesto de centinela más próximo, Alexis pudo ver a cuatro hombres que escrutaban el cielo parcialmente nublado.

Nada.

Era ya cuestión de segundos.

Boro gemía sordamente.

Alexis desenfundó la «Luger». Mudó de posición, sacó de entre sus ropas un envoltorio y lo deshizo.

El cohete-bengala.

Se situó de modo que el ligero terraplén y su propio cuerpo ocultaran el artefacto a las posibles miradas de los hombres del Block A.

¿No era momento aún?

Boro había callado. Sólo jadeaba.

¡El ronquido de los motores! ¡Los aparatos invisibles rugiendo entre las nubes, encima ya de sus cabezas!

¡Ahora!

Alexis hizo funcionar de un tirón el mecanismo automático de disparo del cohete. Duro, dándole la inclinación debida, seguro, firme, sin titubear.

¡Arriba! ¡Con su fina estela de fuego dibujándose ante los atónitos ojos de los alemanes!

Uno de los hombres gritó.

¿Comprendían?

—Vámonos de aquí —ordenó Alexis—. ¡Pronto! ¡Pronto!

Echó a correr agazapado, paralelamente a la carretera, pistola en

mano, con Boro detrás de él.

El hombre que había gritado primero vociferaba ahora, ululaba como un perro asustado.

Sonó un tiro.

Se encendió un reflector en lo alto de una torre y su haz buscó sin precisión el lugar donde había sido disparado el cohete.

Estaba hecho.

Como pronunciar el conjuro que ponía en libertad a diablos y brujas para iniciar el aquelarre. Pero ya sin conjuro para volverlos a encadenar. Ya sin nada. Ya con la orgía satánica eructando en torno hasta que se consumara el destino.

La luz se hizo súbitamente.

—¡A tierra! —gritó Alexis a su compañero.

El cohete había terminado su recorrido. La bengala se había encendido y flotaba casi inmóvil encima del Block A. Un resplandor vivísimo, una claridad de arco voltaico lo iluminaba todo. El paisaje parecía desnudo, innoblemente sorprendido en su intimidad.

Las dos de la madrugada. Los alemanes dormidos (los SS frenéticos por una parte, los oficiales gordos y hastiados por otra, los soldados-basura amantecados por otra), despertarían en pleno horror.

Estaba sonando una sirena.

Aplastado contra el suelo, mal protegido, sabiéndose peligrosamente en evidencia, Alexis murmuró para sí: «Vamos, vamos, vamos». Había de transcurrir un intervalo entre la iluminación del objetivo y su localización por la escuadrilla que merodeaba en lo alto. Aquel intervalo, para él y para Boro, podía ser la muerte.

¡Segundos eternos!

Y por fin la primera explosión.

Un cambio súbito.

La gran seta cárdena de una bomba había estallado en el límite extremo del Block A. Otra estalló después. Y otra. Y otra.

En los momentos siguientes, mientras el recinto hervía de soldados a la desbandada, dibujóse en el cielo un fantástico óvalo de bengalas flotantes que multiplicó la iluminación con cegadora luz, y casi simultáneamente comenzó a barrer transversalmente el campo una espesa lluvia de pequeñas bombas incendiarias, entre las

que, por el timbre de su estallido, se adivinaban mezcladas algunas explosivas de reducido calibre.

Alexis se puso en pie y sonrió admirando la técnica del ataque.

A su lado, mudo, Boro le asió del brazo y le miró con ojos muy abiertos.

El trató de tranquilizarle:

—Aguarda.

—¿Aguardar qué? ¡Será el fin del mundo!

Alexis asintió: para muchos lo era.

En el Block A, pero especialmente en el B, que se había salvado del barrido incendiario, los cañones y ametralladoras antiaéreos estaban en plena acción. Las bombas, empero, dejaron sentir sus efectos: una marea de fuego se alzó en un instante, subió, bajó, giró, bailó, lo envolvió todo.

Alexis arrastró a Boro en desesperada búsqueda de un refugio. Cuando pudo guarecerse en el cauce seco de una acequia y volvió a mirar en torno, vio que una enorme extensión de terreno que comprendía casi íntegro el Block A, pero también la carretera y parte del Block B, era una balsa de llamas ondulantes sobre la que flotaban fantasmagóricos remolinos de humo. Mientras tanto, en el cielo, la escuadrilla renovaba las bengalas flotantes.

Parecía haber un pequeño respiro.

Árboles y plantas de todas clases ardían como yesca El calor era abrasador. Acá y allá, muy próximas algunas, se percibían las figuras de los alemanes que huían del infierno.

Alexis condujo a Boro hacia el Block B.

Soldados enloquecidos saltaban la alambrada. No faltaban, empero, quienes conservaban la serenidad, pues los largos brazos de los reflectores exploraban con insistencia el cielo.

La segunda fase del ataque empezó entonces: bombas de fósforo y cargas explosivas de grueso calibre.

Alexis no supo nunca, y Boro menos que él, cómo habían salvado ambos la alambrada, cómo se acostaron al abrigo de un blocao, y cómo, incapaces del menor movimiento, permanecieron allí hasta que la violencia del bombardeo menguó. En tanto, la zona del otro lado de la carretera fue convulsionada y despanzurrada por el efecto conjunto de las bombas de fósforo, cuya temperatura infernal fundía el acero y vaporizaba el asfalto, y el estruendoso

poder de las grandes cargas. Espantosas ondas expansivas sacudían el aire.

A continuación se produjo un nuevo respiro.

Un silencio inverosímil.

Alexis se preguntó si sería el final, pero una nueva siembra de bengalas en el cielo le sacó de dudas. Habría más aún.

Y para lo que seguiría estaban demasiado cerca del blanco.

El Block A, por lo menos superficialmente, había sido destruido. De la carretera no quedaba apenas rastro. La destrucción abarcaba también una parte considerable del Block B, especialmente la mitad meridional y el flanco contiguo a la carretera.

Había cesado por completo la resistencia antiaérea alemana, aniquilada en el Block A, mientras que en el B, sintiéndose cazados en una trampa y considerando sin duda que sólo por casualidad se habían librado hasta entonces del bombardeo directo, los soldados habían huido.

Cuando las nuevas bengalas comenzaron a encenderse, Alexis hizo seña a Boro, que le seguía como hipnotizado, y echó a correr hacia el grupo de construcciones que formaban el núcleo principal del recinto. Vio todavía a lo lejos a los alemanes en fuga, en dirección opuesta a Plitsa, cuyo camino estaba interceptado por las llamas y por la insalvable barrera del terreno sembrado de fósforo.

Luego recomenzaron las explosiones. Se repitió el impacto brutal de las grandes cargas, cuyo ensordecedor estallido semejó poca cosa, empero, junto, al de las monstruosas granadas perforantes de espoleta retardada. Al oír la primera de éstas, Alexis intuyó lo que enseguida ocurriría, y supo que su vida podía terminar allí.

Efectivamente, lo que quedaba del Block A semejó reventar, como si un volcán se hubiera abierto en el calcinado y torturado suelo. Hubo cinco apocalípticas explosiones consecutivas, muy juntas; o quizá seis, un número imposible de determinar. Con un temblor como el de un terremoto abrióse la tierra y escupió a lo alto una colosal llamarada. El ruido fue tan grande y tan súbito que, pese a continuar el estrépito del bombardeo, éste pareció por unos momentos efectuarse con bombas silenciosas.

El polvorín.

El polvorín del Block A, alcanzado por las granadas perforantes de espoleta retardada, hechas para introducirse bajo tierra antes de

estallar, había volado.

Sobre las dependencias del Block B y sus inmediaciones cayó una lluvia de cascotes, polvo, fragmentos de materia en combustión. Un soplo ardiente lo barrió todo.

Tendido al pie de un muro, protegiéndose la cabeza con los brazos, Alexis esperó con la respiración en suspenso. Tenía que haber en el Block B un depósito de municiones similar, que podía estallar sin necesidad de que una bomba penetrase su envoltura.

Podía.

No.

Los aviones completaban su trabajo arrojando en aquel instante al fondo del cráter que ocupaba el lugar donde estuvo el Block A, las llamadas «minas de aire», destinadas a pulverizar las ruinas. Era el último golpe. Ya nada habría después de aquello.

Y no hubo nada: el ronquido de los motores se alejó, las bengalas despidieron en el cielo sus últimos fulgores, el silencio se extendió por doquier como un invisible e inmaterial sudario.

Castigado el cuerpo y atormentados los pulmones por la onda expansiva de las enormes explosiones, Alexis se puso en pie tambaleante. Buscó apoyo en la pared y la halló caliente al tacto.

Miró en torno.

Fuego por todas partes. Una gran extensión del Block B estaba en llamas, que rugían pavorosamente en el punto donde se habían incendiado los depósitos de gasolina.

Una sensación de horror, un aturdimiento, una torpeza mental: sobrevivir a un cataclismo. Alexis conservaba la serenidad suficiente para comprender que se hallaba a punto de sucumbir al estupor del *shock*.

¿Qué tenía en la cara?

Tocó.

Sangre. Sangre que le manaba de la nariz.

Entonces descubrió a Boro apelotonado en el suelo, a unos pasos, y se inclinó trabajosamente para levantarle.

Boro le miró estupefacto.

—¿Estás bien?

Sin respuesta.

Alexis zarandeó a su compañero.

—¡Boro! ¿Estás bien? ¡Contesta! ¡Boro!

El joven se echó atrás, se llevó las manos a las orejas y contrajo el rostro en una mueca de dolor.

Movió negativamente la cabeza.

Con voz extraña, articuló:

—No oigo nada. Jack… mis oídos… ¡Estoy sordo, Jack!

Los tímpanos rotos por las explosiones.

Alexis se encogió de hombros.

—No tengo tiempo para compadecerte, hijo. Un día u otro curarás. —Hizo una seña—. Sígueme.

Echó a andar a lo largo del muro.

Si algún día una catástrofe universal extinguía sobre la tierra la raza humana, los visitantes de otro planeta, presenciarían un espectáculo como el que se ofrecía a sus ojos: edificios desiertos, puertas abiertas, armas, objetos y prendas personales abandonados en la desbandada; la presencia patente de los seres que habían morado allí, pero ningún vestigio directo de ellos: ni siquiera un cadáver como testimonio.

Ni un cadáver.

Alexis se preguntó dónde tenía que buscar.

Diez minutos después recibía respuesta.

¡En el fortín!

Una voz humana, o la voz de un espectro: un ulular continuo, lejano, apagado, pero bien perceptible.

Alexis se orientó.

El corazón le golpeaba salvajemente el pecho.

Era en una planta semisubterránea, con tragaluces abiertos al patio interior. Detrás de una puerta metálica sonaba la voz casi sin interrupción, un plañido loco, un escalofriante lamento de pesadilla.

Alexis contempló por un momento la puerta y sus cierres. Luego se alejó.

Cuando regresó empuñaba dos granadas de mano.

—¡Apártate! —gritó—. ¡Apartaos de la puerta los que estéis ahí! ¡Voy a colocar una bomba en la cerradura!

El aullido no se interrumpió, pero disminuyó de volumen como si alguien hubiera tapado la boca del que lo profería.

Boro acudió, vacilante el paso, una interrogación, en la atónita mirada.

Alexis le apartó sin contemplaciones.

—¿Quién es usted? —exclamó alguien al otro lado de la puerta.

—¡Un amigo! ¡Apartaos!

—¡No hay mucho espacio!

—¡Corred el riesgo! ¡Atención!

Un riesgo que había que correr. Acaso el último.

Correrlo o nada.

Con una tira de tela acopló Alexis las dos granadas a la cerradura de la puerta metálica. Luego retrocedió unos pasos, tropezó con Boro y le empujó ante sí.

Guarecidos ambos tras un ángulo de la pared, asomó la cabeza y la mano armada con la «Luger». Apretó el gatillo.

Cuando se disipó el humo de la explosión, la puerta estaba deteriorada, pero no abierta.

Dos granadas más. (Ida y vuelta al cuerpo de guardia, donde habían sido abandonados armas y equipos).

—¡Cuidado!

Nueva explosión.

Ahora sí.

Un grupo de hombres, en la penumbra del sótano (la luz rojiza de los incendios penetraba a través del patio), desfiló por la puerta en ruinas. Destrozados los nervios, envejecidos muchos de ellos prematuramente, encanecido el cabello en unos minutos, dementes los ojos.

¡Huir, huir, huir!

Uno corría a gatas, como una bestia, mientras de su garganta brotaba el alucinante aullido que, a fin de cuentas, había conducido a su liberación. Alexis le vio alejarse apretando los puños. Los alemanes habían evacuado el fortín y dejado a aquellos hombres encerrados en el infierno. Esperar la muerte entre paredes y rejas, el mundo estallando y ardiendo en derredor, debió de ser una experiencia como pocas.

Pero, ahora, no todos los hombres huían.

Uno se había detenido frente a Alexis.

—¡Jack!

—¡Paul!

Y un estrecho, un frenético y apasionado abrazo.

CAPÍTULO VIII

Una sombra.

La silueta de una gorra de plato dibujada contra el fondo de las llamas lejanas.

Una voz:

—¿A dónde va, querida?

Irene Gmund se detuvo a un paso de la puerta que acababa de trasponer. Escrutó las tinieblas.

—¿Es usted Kemmerich?

Una risa sorda.

—A sus pies. —De nuevo la pregunta—: ¿A dónde va, querida?

—No lo sé.

—Cálmese. Los fuegos artificiales han terminado, y es de suponer que los aviones no volverán. Ha pasado el peligro… Una exhibición sorprendente, ¿no cree? Arrasamiento de nuestras instalaciones militares, pero ni una bomba en las cercanías del pueblo. ¡Qué precisión! ¡Qué sospechosa precisión! Créame, realmente no es necesario que se moleste ya en salir. En cuanto al coronel Wagner…

La mujer avanzó, tratando de distinguir en la oscuridad el rostro del hombre.

—¿Qué pretende usted, Kemmerich?

—¿Pretender yo?

—¿Por qué está ahí fuera? ¿Qué hace? ¿Qué esperaba? ¿Estaba espiándome?

La voz del capitán bajó de tono:

—Supongamos que estuviera protegiéndola.

—¿De las bombas?

—No.

—No comprendo.

—Protegiéndola de sí misma.

Hubo un silencio.

—¿Le ha ocurrido algo al coronel? —preguntó a continuación Irene, insegura.

—A él personalmente, nada. Pero le han triturado la guarnición. Imagine, querida. No es divertido para un soldado.

—Parece serlo para usted.

—Se equivoca.

Nadie en las cercanías.

Ningún rumor, ningún signo de vida, ninguna luz en todo el pueblo. Los habitantes de Plitsa habían huido en busca de la seguridad del descampado. Muchos de los alemanes también. Los restantes, a las órdenes de un puñado de oficiales, habían partido hacia la zona incendiada apenas el bombardeo cesó, hacía sólo unos momentos.

Pero Kemmerich se había quedado.

Kemmerich y nadie más.

—Es posible que tenga usted razón —dijo la mujer—: salir ahora ya no conduce a nada. El peligro ha pasado.

—¿Puedo saber una cosa?

—Diga.

—¿Por qué no se ha marchado usted cuando lo han hecho sus vecinos? Esa gente con quien usted se hospeda ha salido disparada a la primera bomba. ¿Por qué usted no?

—Lo sabría si hubiera vivido en Berlín los últimos meses, capitán.

—¿Sí?

—Una se acostumbra a los ataques aéreos, como se acostumbra a todo. Después de los primeros se adopta una actitud fatalista. ¿Para qué correr? Mejor quedarse en casa, tenderse en la cama, encender un pitillo, y lo que ha de ocurrir, que ocurra. —Irene exhaló el aire de sus pulmones con un sonido susurrante—. Pero usted sabe que los Schiedlausky han escapado al comenzar el bombardeo… ¡Está usted vigilándome desde entonces!

—Y desde antes —replicó Kemmerich suavemente.

—¿Por qué?

—No haga preguntas tontas, querida.

—¡Kemmerich!

—Lo siento. Después del desgraciado fallecimiento del joven

amigo de Boris Hanna que venía de parte de Karl Hummelshein, son preguntas tontas. Disculpe mi franqueza.

—Después del…

—Sí.

Irene, en la oscuridad, se llevó la mano a la boca.

Al cabo de un instante, dijo:

—Será preferible que entremos y hablemos con calma. Venga, Kemmerich, por favor.

—¡Oh, no, no! —rió ásperamente él—. Nada de eso, nada de eso. Será usted quien venga conmigo.

—Pero…

—Por su bien, querida. Por Su bien. ¿Empieza a darse cuenta de que necesita protección?

—Aun en caso de que la necesitara, no sería, estoy segura, la que usted ofrece. Basta ya de esto, capitán.

—Basta —asintió Kemmerich—. Le repito que venga conmigo.

—¿A dónde?

—Ya lo verá.

La mano. La mano de él tendiéndose en las tinieblas.

Irene se sintió repentinamente asida del brazo.

—Déjela, Kemmerich —dijo fríamente.

—¡Hermann! —exclamó la mujer.

El capitán murmuró una maldición.

—No es usted oportuno, coronel Wagner.

—Creo que sí lo soy. Le he ordenado que se aparte de la señora Gmund. No quiero repetirlo.

La mano que apresaba el brazo de Irene se convirtió en una tenaza de acero.

La mujer oyó muy próxima la respiración jadeante de Kemmerich. Ahogó un gemido.

—¡Coronel, otros asuntos más importantes le reclaman! ¡Lárguese de aquí! ¡No me obligue a discutir esta cuestión ahora!

—Kemmerich, ¿está usted loco?

—¡Sé lo que hago! ¡Luego le daré toda clase de explicaciones!

Irene se percató de que, arrimado a la pared para evitar el lejano resplandor de las llamas y hacerse invisible, Kemmerich trataba ansiosamente de descubrir la posición que ocupaba Wagner.

—¡Cuidado, Hermann! —avisó.

Y no pudo contener un grito de dolor cuando el capitán le retorció brutalmente el brazo.

El grito despojó al coronel de toda prudencia.

Apareció.

El incendio detrás de él.

Pistola en mano.

Irene oyó un gruñido de Kemmerich, pretendió empujarle, hacerle perder el equilibrio, y no llegó a tiempo: el tiro que temía sonó. La rozó el fogonazo, el rojo lengüetazo de la muerte, el escupitajo del destino.

De un tirón logró desasirse.

Oyó con horror caer a Wagner. Aun sin verle, aun a ciegas, supo que lo que caía derribado al suelo ya no era sino un cadáver, una cosa, mera carne, nada.

(*Hermann, Hermann, Hermann).*

—Estúpido —masculló Kemmerich.

A él sí le veía Irene, que se había apartado unos pasos: el perfil teutónico contra el incendio que devoraba la tierra; los hombros, el pecho, la mano en que empuñaba la «Luger» con que acababa de segar la vida de Hermann. Wagner.

Le veía.

Movida por súbito impulso abrió febrilmente su bolso de mano, rebuscó, sacó un objeto.

Una polvera.

¿Una polvera?

Kemmerich se volvía cuando la polvera produjo un ligero chasquido. Dio un salto, pero no le sirvió. Ya no podía servirle.

Se encontró de rodillas en el suelo, pensando (demasiado tarde) que no había habido en aquello un solo estúpido, sino dos. En la guerra, en aquella clase de guerra, la estupidez comportaba la muerte.

Un único error, un único descuido.

No veía.

—Escúcheme, Irene —articuló—. No vuelva a disparar, no es necesario… Sabe usted manejar ese chisme. No tendré mejor suerte que el hombre que traicionó a sus amigos…

La voz de la mujer, amarga y sarcástica, llegó de alguna parte:

—Es usted muy listo.

—Por serlo demasiado voy a morir. —A Kemmerich le fallaron las fuerzas y quedó tendido en rara posición. Enderezó la cabeza para añadir—: La vi matar a aquel hombre desde el patio, por la ventana del cuarto de prevención… He estado encubriéndola hasta ahora…

—¿Encubriéndome?

—Me gusta jugar con las mujeres, querida. Un día u otro tenía que costarme caro.

—¡Kemmerich!

—Déjelo. Márchese. Salga de Plitsa en dirección norte, y guíese por la cumbre del monte Hutsch, esa cumbre de forma peculiar. Encontrará a sus amigos esperándola en pleno campo, ocultos en las ruinas de un molino de aceite… Era allí adonde quería yo conducirla, pero a mi modo…

—¿Qué dice?

—¡Márchese! Nadie la detendrá mientras dure la confusión del bombardeo.

Una presencia.

Ella se arrodillaba a su lado.

—Kemmerich, ¿qué significa eso?

—Prometí… al hombre que se hace llamar Alexis Markov… que cuidaría de usted… ¡Oh, márchese, márchese!

—Pero…

—Yo soy así, querida. Y llevarme a Wagner por delante ha sido un placer. Yo soy así…

—¡Atiéndame, Kemmerich!

La voz del capitán era un murmullo indistinto:

—No… Esto se acaba… Y la culpa es mía… por… por demasiado listo…

—¿Quién es usted? —preguntó Irene, ansiosamente.

Silencio.

—¡Kemmerich!

Por fin, los ecos del reino de la muerte en la débil respuesta:

—No Kemmerich… Coronel Vassili Golubitch, del servicio secreto soviet…

Y nada más.

Nunca.

El pavonado hocico del subfusil por delante, Noksik salió de

detrás del árbol donde esperaba en angustiosa tensión.

No era ciego.

Aun en la oscuridad de la alta madrugada, los había reconocido. A todos.

—Dios misericordioso —murmuró roncamente. Y anunció—: Soy Noksik.

Dejó que el subfusil colgara de su cuello y encendió la linterna para iluminarles las caras.

Todas las caras.

—¿El avión? —Se limitó a preguntar Alexis.

Cuatro caras.

—Boris —jadeó el médico, atónito—. Boris, Boris, Boris… Has escapado. Han logrado sacarte…

—No ha sido gracias a ti.

Una cara.

—Pero…

—Vamos, Noksik.

El médico ahogó un gemido.

—Ese hombre… No, no es un hombre. Es un demonio. Un demonio.

—Es un hombre —replicó Boris Hanna, suavemente—. Mi hermano.

—¿Alexis Markov es tu hermano?

—*Sir* John Bradford, I-Ese-Uno para el Intelligence Service, jefe de la red del sudeste de Europa. Mi verdadero nombre es Georges Bradford.

—¿Inglés?

—¿Por qué no?

Otra cara.

Junto a Alexis. Un brazo rodeando sus hombros.

—¿Y ella?

—Es su esposa.

—Dios misericordioso —repitió Noksik—. Pero es serbia… O alemana… Estaba…

—Es de origen serbio. ¿Y qué?

Noksik se restregó nerviosamente la boca con el dorso de la mano.

—No comprendo. Todos vosotros…

—Noksik, ¿está ahí el avión?

—¡Sí, sí, está!

Boris Hanna hizo una seña al hombre y la mujer, y a Boro.

—Id. El doctor y yo no tardaremos. —Se aproximó al médico, le arrebató la linterna y la apagó—. No seas estúpido, Noksik. Soy inglés. Mi hermano y yo hemos pasado más de la mitad de nuestras vidas en Yugoeslavia. Trabajamos para el Intelligence Service desde hace diez años. Jack, mi hermano, se casó con una compatriota tuya. Los tres hemos tenido desde que estalló la guerra, una misión importantísima que desempeñar.

Noksik contemplaba las figuras del hombre y la mujer que, muy juntos, se alejaban en la oscuridad. Contemplaba a Boro, que les seguía.

—Irene Gmund era una agente británica —murmuró, como para persuadirse a sí mismo—… La esposa de él. Y él es tu hermano.

—Sí, Noksik.

—Terco como una mula.

Boris Hanna sonrió.

—Yo hubiera sido tan terco como él en su lugar.

—Sí, comprendo. Comprendo lo que sentía. —Noksik sacó del bolsillo su pipa, se la puso en la boca y echó a andar lentamente entre los árboles—… Empiezo a comprenderlo todo. Salvo, quizá, cosas que han ocurrido…

—¿Cosas como la muerte de Ossy?

—Sí.

—Ossy era un espía alemán.

El médico se detuvo.

—¿Qué?

—Un espía lo bastante hábil como para haber conseguido intervenir en esta operación. Ossy, desde Londres, Informó fragmentariamente a los alemanes de que se preparaba una maniobra de ayuda al general Moritz; comunicó lo que sabía, que no era todo, pues ignoraba mi identidad, e incluso el hecho de que yo hubiera sido capturado. Convino una señal. Un fuego.

—¿Un fuego?

Boris Hanna asintió.

—El capitán Ossinitzky fue atacado por dos soldados alemanes en cuanto llegó a tierra con su paracaídas. Los mató, porque no

había tiempo para explicaciones, y porque paralizar la operación en aquel momento hubiera sido prematuro, pero incendió su casamata. Era la señal de que la operación había comenzado: un fuego.

—Boris, todo esto me sobrepasa.

—Es posible —asintió el hombre, paciente—. Ossy aprovechó la primera ocasión, en cuanto los frutos estuvieron maduros, para pasarse a los alemanes y comunicarles lo que había averiguado, mi nombre entre otras cosas.

—¡Ante nuestras narices! ¡Voluntario para el sacrificio! ¡Oh, ya veo, Boris!

Boris Hanna se encogió de hombros.

—Así fue. Afortunadamente, Irene intervino. Ossy dio como contraseña el nombre de Karl Hummelshein. Este nombre, al parecer, nada significaba para el coronel Wagner, pero Irene, que lo oyó, sabía que Hummelshein es el jefe de la división del servicio secreto alemán que opera en Gran Bretaña. Al instante comprendió la verdad. Ello la indujo a matar a Ossinitzky allí mismo, en la Comandancia, sin perder un instante, jugándose el todo por el todo…

La voz del hombre que se hacía llamaˆ Alexis Markov, sonó a cierta distancia:

—¡George! ¡Por aquí! ¡Deprisa!

George Bradford, alias Boris Hanna, alias general Moritz, suspiró.

—Vamos, Noksik —dijo, asiendo al médico del brazo—. Hoy desayunaremos en Londres: un placer que no creía volver a disfrutar jamás. La Operación Horizonte, cumplido el objetivo, ha terminado. Anímate.

Noksik no contestó.

(¿Para qué?).

(Había siempre, las habrías siempre, cosas que le sobrepasaban a uno).

Los dos hombres caminaron entre los árboles hasta que la forma compacta del avión que esperaba más allá, posado sobre un prado, apareció ante sus ojos…

FIN

A. Rolcest

HUELLAS EN EL MAR

Matar o morir...
Para aquellos hombres ya era casi lo mismo...



Aparecerá la próxima semana en esta colección

Precio: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
778 — Valentina del Barco
OTRA VEZ LA PRIMAVERA

COLEC. "MADREPERLA"
674 — Amparo Lara
A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

COLECCION "ROSAURA"
618 — Carlos de Santander
AYER TE QUISE

COLECCION "AMAPOLA"
505 — G. Colomer
DULCE VIDA

COLECCION "ALONDRA"
439 — M.ª Esperanza Neyra
HAN RAPTADO UNA NOVIA

COLECCION "CAMELIA"
380 — Clotildo Méndez
BENDITA CONFUSION

COLECCION "CORAL"
50 — Corín Tellado
MI NOVIO, EL AFILADOR

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
719 — Raf Segrram
EL ENTROMETIDO

Col. "SERVICIO SECRETO"
583 — Mark Halloran
SIN ALIENTO

COLECCION "BUFALO"
416 — O. C. Tavin
HERMANO LOBO

COLECCION "TEXAS"
254 — Keith Luger
LA NOVIA DEL GUN-MAN

COLECCION "CALIFORNIA"
263 — M. Lafuente Estefanía
ACORRALADOS CON PLOMO

COLECCION "COLORADO"
208 — Silver Kane
SU ULTIMO DESAFIO (Ext.)

COLECCION "KANSAS"
174 — Mikky Roberts
MUERTE A PLAZO FIJO

Col. "HEROES DEL OESTE"
156 — M. Lafuente Estefanía
SAM, EL LOCO

Col. "ASES DEL OESTE"
126 — A. Rolcest
EL NIETO DEL HIDALGO

COLEC. "BRAVO OESTE"
38 — Alf. Regaldie
LLEGO EL VENGADOR

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

LLUVIA DE ESTRELLAS




N.° 1387

Fue en «¡Qué diablo de mujer!», la única película en que han actuado juntos. Sus fechas de nacimiento respectivas son 19 de abril de 1930, en Bryn Mawr, Pasadena, y el 18 de enero de 1904, en Bristol, Inglaterra.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain